

LA CIUDAD EN EL MUNDO ANTIGUO

Jorge García Sánchez

- 1. Origen y significado de la ciudad.**
- 2. Las primeras ciudades y su evolución: de Mesopotamia al mundo romano (Mesopotamia, Egipto, Grecia, Etruria y Roma).**
- 3. El concepto de urbanismo en la Antigüedad: principales espacios públicos y privados que configuran la ciudad.**

Resumen

El presente capítulo plantea la historia de la ciudad, entendida en términos de evolución urbanística y monumental, a lo largo de un amplio arco tanto cronológico, desde las primeras agrupaciones consideradas urbanas hasta el comienzo de la Era cristiana, como geográfico, en el cual se incluyen las principales civilizaciones del Mediterráneo oriental y occidental, así como del Próximo Oriente (mesopotámica, egipcia, griega, etrusca y romana, con menciones puntuales a otras culturas antiguas de la cuenca mediterránea).

El texto inicia con una breve reflexión acerca del término conceptual de ciudad -y de civilización-, de su definición dentro del marco de las investigaciones historiográficas contemporáneas, pero asimismo del significado del que le dotaron los pueblos de la Antigüedad. Inmediatamente se aborda el desarrollo de diversas civilizaciones urbanas del pasado y de los centros que la arqueología destaca como paradigmáticos (Uruk, Ur, Tell-el-Amarna, Knossos, Micenas, Mileto, Atenas, Roma, por citar algunos), incidiendo en los orígenes de la planificación regular, realizándose un recorrido a través de los restos conservados y de las fuentes literarias que nos informan al respecto. Por último, se concluye con el análisis de los diferentes espacios que conforman el entramado monumental de la ciudad, de indisoluble ligazón con las estructuras religiosas, económicas, políticas y sociales características de cada civilización: las construcciones templares y palaciales de Mesopotamia, de Egipto y del mundo Egeo, o la arquitectura de las principales edificaciones públicas y privadas de la Grecia continental y de Roma.

1. Origen y significado de la ciudad

Desde que en el siglo XIX Fustel de Coulanges se interesó por primera vez en la historia de las concentraciones urbanas (en *Le cité antique*, 1864), enfocando su estudio en el paradigma de la civilización grecorromana, la investigación no ha dejado de cuestionarse cuál es el origen de las agrupaciones humanas en contextos urbanos y qué rasgos distintivos definen una ciudad. Para el autor francés, la religión abarcaba y dominaba cualquier aspecto de la existencia del hombre antiguo, tanto a escala doméstica (con el culto a los difuntos, al fuego del hogar) como estatal, y por ende urbana (divinidades protectoras del Estado, culto al héroe fundador). Sin la religión no se entendía el sentido ni el modo de vida de las urbes de la Antigüedad. Otros autores incidieron en una serie de factores que contemplaban fundamentales: avanzando en el tiempo, a principios del siglo pasado el análisis sociológico e histórico sobre la ciudad formulado por el filósofo alemán Max Weber proponía el criterio económico como requisito fundamental para hablar de manifestaciones urbanas; en esencia, la ciudad lo era en razón del comercio y de la agricultura que nutrían su mercado local, donde se abastecían sea sus habitantes que los del campo, y de las instituciones de gobierno que la administraban.

En la actualidad no se sostienen las ideas de que las ciudades son exclusivamente de creyentes o de productores/consumidores. Aquella se podía verificar sólo en el caso de complejos urbanos formados en torno a un lugar cultural con una presencia secular, mientras que la segunda se daría exclusivamente en puntos atrayentes por su oferta de materias primas, por la accesibilidad de su puerto o por la bonanza de sus tierras. Los arqueólogos y los antropólogos han enfatizado en exceso los dos aspectos primarios que han considerado como definitivos de una ciudad, el número de habitantes –incluso cuantificándolo en cerca de 5.000 vecinos- y el de los productores de bienes presentes en ella (Peter S. Wells). Pero la ciudad en realidad contiene múltiples y heterogéneos significados que no se limitan a éstos. Diversos aspectos vinculados a la sociedad, la economía, las creencias, la política, la demografía, la geografía, etc., juegan un papel relevante, cada uno a su nivel, en la conformación de la ciudad. Gordon Childe ya los individualizó a mediados del siglo XX, al menos en relación con los enclaves del antiguo Próximo Oriente y de Mesoamérica; sus pautas se concretaban en términos de densidad poblacional, estratificación social (un alto porcentaje de los ciudadanos debía ser de agricultores), apropiación de los excedentes por una figura autocrática central, fuera humana o divina, arquitectura y

arte monumentales e ideología instrumentalizada por el poder con objeto de justificar su posición respecto a los estamentos menos favorecidos. Algunos de estos factores, por supuesto, podrían extrapolarse a cualquier civilización urbana de la Antigüedad, pero otros lógicamente no. Autores contemporáneos añaden a estos factores otros componentes: la función de la ciudad como “unidad topográfica y administrativa” o el “modo de vida urbano” (Frank Kolb), aspectos que sólo perfilan definiciones preexistentes y que incluso resultan cuestionables; o desde un punto de vista más interesante, se subraya la importancia de la organización social de la población urbana más allá de los niveles cuantitativos o demográficos: las ciudades explicadas mediante la estratificación social –la heterogeneidad es un elemento permanente en ellas, así como las diferencias entre ricos y pobres, gobernantes y súbditos, las distintas profesiones, etc.- y su superación conceptual de las meras entidades militares o religiosas –una fortaleza, un monasterio- (Charles Gates).

No falta quien suma a los factores internos de un asentamiento elementos exógenos en cuyo reflejo aquél alcanza la categoría de comunidad urbana: la ciudad como autora y protagonista de eventos o acciones que repercuten más allá de las fronteras de su territorio y reciben la atención de otras gentes y estados (Mario Attilio Levi) y la lógica reestructuración del Hinterland colindante con motivo de la demanda de una serie de productos –alimentos, materiales de construcción, pero asimismo mano de obra- por parte de una población reunida en un asentamiento fijo (Monica L. Smith). Todo este cúmulo de matices teóricos, propuestas e hipótesis, coincide sin embargo en reconocer la pluricausalidad y la multifuncionalidad de la ciudad, y por ello en postularla como la unidad social a la que conduce el grado de relación creada por el hombre de forma artificial con su entorno natural, lo cual conocemos como “civilización”. En este sentido, resultan aún válidos la mayor parte de los parámetros que Gordon Childe enunció hace más de cincuenta años y que en definitiva valoraban la germinación de la cultura urbana como la culminación de una progresiva transformación en las estructuras económicas y en la organización social de las comunidades en el marco de un entorno físico en continua mutación; la laxitud de los términos que componen su definición por lo tanto permiten identificar fácilmente esta compleja forma de agregación humana.

Los pueblos de la Antigüedad pensaban que los dioses y los héroes habían creado sus ciudades. Los textos literarios mesopotámicos y egipcios reflejan las intervenciones divinas de Ptah, Re, Amón, Enki y Marduk entre un largo listado de divinidades “urbanistas”, actuando directamente o a través de sus intermediarios en la

tierra, los gobernantes. Cada ciudad-estado sumerio, de hecho, pertenecía a una deidad, y los elencos de sus monarcas aseguraban que la realeza descendía del cielo y que se turnaba de una ciudad a otra, explicando en clave religiosa los violentos vaivenes de los reinos mesopotámicos. Asimismo la civilización griega forjó decenas de mitos en los que personajes legendarios fundaban nuevos asentamientos, y con el paso del tiempo se les veneró en ellos y sus habitantes rendían culto a sus restos, los cuales reposaban en monumentos funerarios en pleno ágora. La propia Roma no fue ajena a este tipo de consideraciones acerca de sus orígenes.

En la mentalidad antigua, especialmente en la próximo-oriental, las ciudades no crecían ni se desarrollaban durante un largo proceso de maduración; sencillamente, existían o no, y las historias míticas recordaban tiempos pasados en que no había centros urbanos. Sin llegar a este extremo, la reflexión moderna relativa al fenómeno urbano recayó en visiones en exceso simplistas y apenas pluralizadoras de los mecanismos que pudieron conducir al nacimiento de las primeras ciudades; así ha sucedido con la teoría hidráulica, que ponía en relación las irrigaciones artificiales sobre amplios territorios de Mesopotamia a fin de aumentar su productividad, con el desarrollo parejo de la centralización del poder en un enclave que terminaría siendo ciudadano. La explicación de la emersión de la civilización urbana, sin embargo, no se puede mantener sobre una teoría exclusiva, como se pretendió en el pasado. Los condicionantes fueron múltiples, y entre ellos, qué duda cabe que el factor ecológico y la abundancia de los recursos resultaron fundamentales para permitir que grupos importantes de individuos se asentaran en un hábitat duradero, en zonas de las actuales Irak, Siria y Turquía. Desde el Neolítico, las transformaciones climáticas y la bonanza ecológica de la región se habían traducido en que grupos instalados en poblados estables o semiestables explotasen al máximo las posibilidades del cultivo agrícola y del pastoreo hacia el VIII milenio a.C., ayudándose de habilidades, instrumentos y técnicas recientemente adquiridas, como la metalurgia o la fabricación de la cerámica, pero todavía en un estadio de producción colectivizada.

A esta “revolución neolítica” acuñada por el arqueólogo V. Gordon Childe con terminología marxista se sucedería la revolución urbana de mediados del IV milenio a.C. Las características geográficas que ofrecía Sumer y en general la parte meridional de Mesopotamia resultaban excelentes, gracias a la fertilidad de su tierra, alimentada por los aluviones del Tigris y del Éufrates –y por supuesto, reforzada por los sistemas de irrigación-. Resultado de una producción agrícola cuantitativamente en alza y de un incremento demográfico fue la paulatina especialización y diversificación

de la población en otras actividades, dentro ya de un contexto urbano: la cercanía del mar permitía la pesca y el comercio a larga distancia, la proximidad de las montañas el acceso a la madera, a los metales. En la dedicación a estas labores económicas de índole variada encontramos la base de la estratificación social, avalada incluso por embrionarias creencias religiosas: unos miembros de la comunidad disfrutaban de más propiedades que otros, u ostentaban ciertos privilegios o un estatus elevado. Éste podía provenir de su papel como garante y redistribuidor del excedente agrario, de su mediación entre la población y los dioses o de su protección del núcleo residencial y sus superficies de cultivo ante otras organizaciones urbanas en auge y demandando nuevas tierras. A orillas del Tigris y del Éufrates surgieron así numerosos enclaves amurallados, cabeza de territorios y aldeas menores, pertenecientes a divinidades superiores que se veneraban en templos cada vez más complejos, que garantizaban mediante su interlocutor humano y representante del poder estatal, la prosperidad económica, militar y cultural de su ciudad.

1.1. El concepto de ciudad y ciudadanía en Grecia y Roma

Como se ha apuntado, los antiguos griegos y romanos pensaron en las ciudades cuya memoria se remontaba varios siglos atrás en términos míticos. Las ciudades no evolucionaban, sino que eran el resultado de la fundación realizada por un caudillo mítico, habitualmente personajes que habían encabezado misiones colonizadoras en la era heroica o que habían recalado en tierras desconocidas durante su deambular, entre los que se contaban Perseo (fundador de Micenas), Teseo (Atenas), Cadmo (Tebas), Eneas (Lanuvio) y su hijo, Ascanio (Alna Longa), mientras que muchos asentamientos de occidente achacaban su paternidad al dorio Heracles (Cádiz, Barcino...). Dicha creencia aparece sobradamente demostrada por la cantidad de recintos de culto heroico (*heroa*) distribuidos por los centros de Grecia y que en sus colonias recordarían la figura del fundador y jefe de la expedición (*oikistés*), sacralizada y mantenida en la memoria común mediante la ejecución de monumentos que en realidad constituían de los primeros proyectos arquitectónicos de la reciente fundación (Megara Hiblea, Paestum...). Igualmente en Roma se conservó esta costumbre levantándose un santuario de culto al héroe promotor del nacimiento de la ciudad del Tíber, Rómulo, y que localizado en su foro protegía una ley sagrada que amenazaba a quien lo violase (registrada en el *Lapis Niger*).

En el mundo grecorromano, el concepto de ciudadano contiene una serie de connotaciones sociales y jurídicas inseparables del mismo hecho urbano. En

consecuencia, la estrecha unión entre las esferas política, social y religiosa que envolvían la existencia del hombre antiguo produce que la propia noción de ciudad sobrepase el mero fenómeno físico-arquitectónico y urbanístico. En el periodo que aproximadamente transcurre entre la caída de los centros micénicos y la colonización griega del Mediterráneo, el paulatino desarrollo urbano -y de la polis- se convirtió paralelamente en un vehículo de progreso del hombre griego, de estímulo a sus capacidades intelectuales y técnicas. Al final de este proceso, y en opinión de la filosofía helena, los hombres que no formasen parte de la polis sólo podían ser dioses o bestias, porque la integración en una comunidad política básicamente era un hecho humano. La terminología que afecta a la ciudad griega ha adolecido entonces de erróneas interpretaciones y de usos aleatorios: las palabras ciudad y polis no son sinónimos ni constituyen realidades semejantes. “Polis” define un modo de vida, una forma de sociedad –jerárquica-, cuyos componentes son los propietarios de la tierra, de una tierra que abarca unas fronteras bien dibujadas, y que se gobierna de manera autónoma y soberana¹.

Apenas se puede hablar de polis en el caso de las comunidades homéricas, a causa de la primitiva naturaleza de su organización política y de la falta de una legislación sobre su ciudadanía, variables que por otro lado no excluyen que asumiesen rasgos de hábitat urbano. En el territorio de la polis podía haber una o más ciudades –o como veremos en Pausanias, la polis gravitaba incluso en torno a un sencillo poblado de chozas-, que en su adquisición de estructuras monumentales y en su planificación arquitectónica o espacial de las sedes de sus instituciones encuentran su pleno significado urbano. En la medida en que la ciudad se explica a través de las relaciones políticas, económicas y sociales que mantiene con el territorio más o menos amplio que lo circunda es legítimo hablar de una ciudad-estado, lo que se aproxima bastante al significado de “polis”, término con el que además los griegos expresaban sea el Estado que la ciudad. Los autores antiguos en general han contribuido a enmarañar esta diatriba semántica con sus variadas perspectivas sobre la problemática en cuestión.

En palabras de Tucídides, la polis no era una construcción física “de muros vacíos o barcos”, sino una comunidad de hombres (*La Guerra del Peloponeso*, VII, 77,

¹ He seleccionado una definición de la polis de entre las más convincentes: “A community of persons, of place or territory, of cults, customs and laws, and capable of (full or partial) self-administration (which presupposes institutions and meeting places)”. Citado en GIESECKE, Annette Lucia, p. 6, a partir de la obra de RAAFLAUB, K. A., “Homeric Society”, en MORRIS, I. y POWELL, B. (eds.), *A New Companion to Homer*, Leiden, 1997, pp. 624-648.

7), opinión que contrasta con un apunte de Pausanias que incidía en los elementos físicos y urbanos de la polis de Panopeo (Fócide), al criticar que no poseía edificios oficiales, gimnasio, teatro, ágora, ni “agua que fluyera de una fuente”, con chozas como viviendas, pero que aún así contaba con una circunscripción territorial y participaba en la asamblea focia (*Descripción de Grecia*, X, 4, 1). Desde nuestra perspectiva difícilmente Panopeo podría definirse como ciudad, pero sin embargo sí era una polis. Cinco siglos antes, Aristóteles también había puntualizado la conexión entre la polis y la existencia de un asentamiento amurallado, mejor si estaba dotado de puerto, templos, ágora y construcciones cívicas. Los testimonios expuestos no son del todo excluyentes entre sí sino que ratifican la complejidad sociológica y política de la ciudad y de la polis griega.

En el ámbito romano, y equiparándolo a lo apenas expuesto, consideraciones jurídicas, políticas y sociales por una parte, y arquitectónicas y urbanísticas por otra, confluyen en los conceptos de *civitas* y *urbs*, los cuales acabarían por fundirse en el inexorable proceso de urbanización de época imperial. De nuevo el conjunto de habitantes libres que se adscriben a una comunidad ciudadana y a su territorio (*ager*) comparten unas normas estipuladas en sus fuentes jurídicas, relativas a su derecho a la propiedad privada, a su capacidad de voto y a la de ejercer cargos políticos y a la posibilidad de ligarse matrimonialmente con otros ciudadanos de su categoría. Los esclavos y los no ciudadanos quedaban excluidos del goce de estos privilegios, si bien es cierto que con la implantación de las distintas variedades jurídico-urbanísticas practicadas por Roma en las provincias conquistadas (colonias latinas, municipios de derechos diferenciados, etc.) una mayor cantidad de población indígena, o cuando menos de sus élites, accedieron a un estatus de plena o parcial ciudadanía.

Así, la existencia de la ciudad del mundo romano manifiesta una serie de factores de índole diversa. En términos religiosos, la urbe romana necesita de una ritualidad que ha propiciado su fundación, es decir, ha sido consagrada, consentida y dedicada a los dioses. En términos jurídicos, como apuntamos sus ciudadanos comparten una serie de derechos, se rigen bajo unas determinadas normas y se gobiernan por unas instituciones comunes (situadas en el contexto urbano, donde ejercen dichos derechos los pobladores del ámbito rural). Formalmente, templos, espacios de reunión públicos, monumentos de su historia y edificios dirigidos al entretenimiento lúdico y cultural de sus habitantes pueblan la mayor parte de las ciudades, las cuales se encuentran ordenadas siguiendo una planificación. En definitiva, poseen un urbanismo romano, que reproduce las características de la Urbe,

y que gestiona las parcelas de poder cedidas por ella. De ahí que la ciudad romana, especialmente en el Imperio, configure la unidad básica de la administración a nivel local, el marco esencial donde los súbditos reciben la influencia civilizadora de Roma y las consignas directas del emperador.

2. Las primeras ciudades y su evolución: de Mesopotamia al mundo helenístico (Mesopotamia, Egipto, Grecia, Etruria y Roma)

2.1. El Próximo Oriente y el nacimiento de la civilización urbana

Dejando aparte los términos conceptuales que definen una ciudad, asentamientos de carácter urbano o protourbano aparecieron en el Próximo Oriente (el creciente fértil de Mesopotamia y la costa mediterránea de levante, y Anatolia) hacia el 7.500 a.C. con unas dimensiones no despreciables, con cultos religiosos perceptibles, una explotación de los recursos naturales circundantes, en breve acompañadas de actividades de intercambio a larga distancia y de una gestión de todos estos elementos por unidades o grupos familiares privilegiados dentro de la comunidad. Casos sintomáticos de esta situación heredera de la Revolución Neolítica se han señalado en Jericó, precozmente amurallada desde sus niveles neolíticos, y bajo cuyas casas rectangulares se enterraban los cráneos de los difuntos, o Çatal Hüyük (Turquía), cuya defensa venía asegurada por la compacta conjunción de unas viviendas a otras y la sola transitabilidad y acceso a las mismas a través de sus tejados. La homogeneidad de la arquitectura doméstica –no se han individuado edificios públicos ni probablemente religiosos, centrándose las huellas del culto en casas comunes- así como la producción familiar indicarían todavía una falta de fórmulas de poder centralizadas.

Hacia mediados del IV milenio a.C. se puede hablar de sociedades completamente urbanas en Mesopotamia, y poco después, a finales de ese milenio, en el área de Asia Menor. En diversos asentamientos se empezó a concentrar una amplia cantidad de población, proceso demográfico que se vio favorecido por la integración entre el medio urbano y las posibilidades económicas del rural circunstante, canalizadas desde aquél. Ciertas técnicas agrícolas se sistematizaron en estos momentos, tales como el uso del arado –resultado del trabajo con los metales- o la implantación de procedimientos hidráulicos avanzados, que requerían de una coordinación superior de los súbditos, a la par que la artesanía y el comercio se agilizaban mediante la implantación del torno de alfarero, sistemas de medidas, la

escritura y primitivas fórmulas monetarias de intercambio. La ciudad se convirtió en la sede de la organización jerárquica sobre el territorio y de donde emanaban las leyes y derechos de los habitantes (así se entiende la denominación tradicional de ciudad-estado); en ella encontraba su sentido un mecanismo gubernativo de nivel estatal, epicentro del palacio y del templo, entidades de referencia del almacenamiento de la producción, de la distribución de ésta y del trabajo –base de la estratificación social-, de la legislación sobre los individuos, de la conformación y propagación de sus creencias y ritos, al ser la ciudad también el espacio ceremonial por excelencia. El reflejo arquitectónico inmediato de estos factores estribó en la erección de un palacio o/y un Zigurat o complejo templario monumental que atrajo la aglutinación demográfica de las aldeas de su alrededor -como en el origen del Eanna de Uruk en el 3.500 a.C.-, progreso en el que las necesidades defensivas debieron de jugar también una razón de peso.

Un milenio después, la ciudad sumeria de Ur registraba pasos similares, con el santuario del dios Nannar ocupando una zona central predominante, con sus almacenes y oficinas, apuntando hacia un gobierno ejercido predominantemente desde el templo en conjunción con el palacio, caso contrario al constatado en Kish, donde se dio una separación entre el templo y el palacio a favor de este último. Con el paso del tiempo, el sucesivo auge de los distintos imperios (acadio, neosumerio, babilónico, asirio) unificó las antiguas ciudades-estado y revitalizó la urbanística y la arquitectura monumental de centros preexistentes –la continua reurbanización de las ciudades, la descomposición del adobe empleado y su crecimiento en vertical les ha dado ese aspecto actual de *tell* o colina- y por supuesto la desplegó en las nuevas fundaciones.

A grandes rasgos, entre el III milenio y el siglo VIII a.C. las ciudades mesopotámicas manifestaron una división entre gobernantes y gobernados, entre las divinidades y sus fieles: los templos y palacios con sus respectivos representantes (el rey y su familia, cortesanos, funcionarios, sacerdotes) residían en una acrópolis amurallada, ni siquiera siempre de posición central, que los separaba del resto de la ciudadanía, asentada en el interior del cinturón amurallado del asentamiento. La Nippur asiria, la Larsa sumeria, la Nínive acadia y asiria, o la incompleta Khorsabad de Sargón II exhiben esta dualidad de ciudad alta y baja. Igualmente la capital asiria Assur, enclavada en una colina sobre el Tigris, disponía de ciudadela con el palacio real y los santuarios de Assur, Enlil, Ishtar, Sin Shamash, etc. Estructuras similares se han descubiertos en civilizaciones del mundo antiguo oriental contemporáneas;

Harappa y Mohenjo-Daro (III milenio a.C., valle del Indo) revelan ciudadelas en altura donde se dan cita los centros religiosos y políticos, con grandes graneros desde los que se garantizaba la redistribución a los habitantes de la ciudad baja y donde aquéllos reclutaban su mano de obra. Un caso diferente y atípico es el de la Babilonia del siglo VII, todavía característica por presentarse, ante todo, como ciudad amurallada de templos y palacios, pero con la novedad de hallarse mínimamente ordenada según criterios geométricos: Babilonia ocupó un rectángulo surcado por el Éufrates, que dejaba a su lado oeste la ciudad nueva (quien sabe si sencillamente de barrios comerciales y domésticos), mientras que al este se levantaba la capital monumental, el complejo religioso dedicado a Marduk (Esagila), la Torre de Babel y las residencias gubernativas y cortesanas, incluida la segunda maravilla de la Antigüedad, los Jardines Colgantes (fig. 1). A parte de las avenidas principales trazadas en ángulo recto que desembocaban en las puertas de las murallas (entre ellas la célebre vía procesional que arrancaba de la Puerta de Ishtar, por cierto, otra de las maravillas ulteriormente eliminada del primigenio listado helenístico), el entramado viario menor no guardaba simetría ni regularidad alguna en su planimetría. Aun así, el aspecto de ortogonalidad general que ofrecía resultaría suficiente para que en fechas posteriores Herodoto escribiera sobre Babilonia en términos sumamente elogiosos, aludiendo a sus casas de hasta 4 pisos, la rectitud de sus vías, su doble lienzo de murallas y la inmensa torre o zigurat de Babel, coronada por un templo.

La arqueología mesopotámica se ha basado en la excavación de los grandes monumentos, foco de interés principal de los arqueólogos decimonónicos y del siglo pasado, inclinación a la que se debe añadir la frágil fabricación de las casas con ladrillos de barro, cuya desaparición explica nuestro limitado conocimiento acerca de las viviendas y los barrios residenciales. Por mencionar algún ejemplo, en la ciudad de clara orientación comercial de Ur, en Assur y en la propia Babilonia sí se han conservado casas de un par de pisos, levantadas alrededor de un patio central –al que se abren las ventanas-, que asomaban, como dijimos, a calles estrechas e irregulares, que sólo servían al tráfico peatonal. Así, se puede afirmar que las comunidades urbanas no siguieron unas pautas de planificación unitaria, sino que los edificios se ubicaban intramuros –en ocasiones, teniendo que ampliar las murallas para acoger más construcciones- a tenor de los solares disponibles, agolpándose entre sinuosos pasajes intermedios.

2.2. Egipto. Las ciudades de los dioses y las ciudades de los hombres

La definición de la egipcia como una “civilización de carácter urbano” suscita un aluvión de interrogantes respecto a los que los investigadores han adoptado distintas posturas no siempre coincidentes. Las incertidumbres planteadas son de variado signo y no nos detendremos excesivamente en ellas: a quienes rechazan que podamos considerar ciudades al tipo de comunidades existentes a lo largo de la historia del pueblo egipcio, se contraponen aquéllos que sí contemplan que Egipto haya mantenido una evolución urbanística regular; la incógnita que los sostenedores de esta tesis afrontan reside en conocer las fechas en las que se puede hablar de asentamientos ciudadanos, si antes o después de la fusión en un solo reino del Alto y del Bajo Egipto.

En conexión con el primer problema, la arqueología tropieza con el obstáculo interpuesto por los materiales constructivos que emplearon los egipcios. Los populares monumentos que en la actualidad persisten de esta civilización milenaria son de carácter sacro y funerario, ya que la piedra únicamente se utilizó en las edificaciones que perpetuaban la memoria y los hechos de gobernantes y cortesanos, sus tumbas, o en las casas de los dioses, los complejos culturales. Los vivos residieron en hábitats de madera y adobe que no han dejado huella de su existencia, factor al que hay que añadir que su disposición en las márgenes del Nilo ha propiciado que se fueran hundiendo en el lúgamo creado por las inundaciones anuales o que hayan desaparecido a causa del poblamiento continuado hasta el presente. Esta circunstancia motiva que la investigación encuentre ensombrecidos elementos fundamentales que determinarían la clase de planificación urbana que detentaron los egipcios, o por lo menos las líneas básicas del trazado de sus núcleos de habitación. Menfis y Tebas, metrópolis que fueron fundamentales como ejes de la economía, la política y la religión del Egipto unificado y cuya historia se prolongó durante milenios han desaparecido, dejando como solo rastro una serie de templos (recuérdese los magníficos complejos de Luxor y Karnak, en Tebas), tumbas y demás vestigios de su cultura material.

En otro orden de cosas, la arqueología confirma el origen predinástico del fenómeno urbano. En torno a la mitad del IV milenio a.C. el acaparamiento de la producción y del comercio de bienes exóticos en manos de las élites locales habría sido el punto de partida para que algunos centros se hubieran puesto a la cabeza de

reinos geográficamente limitados, compuestos por la reunión de pequeños poblados, con el nexo de unión añadido de compartir un conjunto de creencias religiosas comunes. Varios asentamientos que despuntarían en el Reino Antiguo (Ombos, Hierakonpolis, Edfú, Elefantina...) se habrían originado a partir de este periodo. En el Imperio Antiguo, cientos de plazas fuertes deberían su origen a estos núcleos que gestionarían la agricultura en las zonas de inundación y los mercados que iban creciendo en esas localidades. Gracias a la arqueología se han desenterrado dos asentamientos en buen estado de conservación, que aunque cronológicamente más tardíos, añaden datos interesantes sobre la imagen de una ciudad egipcia totalmente planificada y de planta cuadrículada. No obstante, al problema de las fechas se suma la particularidad de la función con la que fueron diseñadas, no del todo canónico si lo pensamos desde el punto de vista de la evolución urbanística.

A comienzos del II milenio nació en el Delta Kahun, un núcleo habitacional de obreros y artesanos alrededor de las obras de construcción de la pirámide de Sesostris II (fig. 2). Recién proyectadas, las casas de adobe se distribuyeron en bloques uniformes sobre un perfecto damero de calles; únicamente leves diferencias en el tamaño de las viviendas precisarían aquéllas ocupadas por los trabajadores manuales de aquéllas habitadas por capataces, técnicos y funcionarios. Un símil adecuado de la época contemporánea sería equiparar Kahun a los barrios industriales. García y Bellido erraba al estimar que Kahun se abandonó al finalizarse la pirámide y el templo funerario, pues su historia se prolongó aproximadamente 250 años más, hasta que los cambios políticos acabaron con el cometido de dicho templo: y es que en su conjunto, este centro dependía en todo de las edificaciones sacras y funerarias, desde su economía hasta la clase de pobladores.

La segunda ciudad aludida es Tell el-Amarna –ubicada en el Alto Egipto-, de mediados del siglo XIV a.C. Su fundación se liga de forma similar a un evento religioso, a través de su consagración como la ciudad de Atón, dios solar que el faraón Amenophis IV deseó promocionar durante su reinado. La existencia de Ikhetaton (nombre antiguo del lugar), al igual que sus reformas religiosas, fue efímera, y gracias a su repentina caducidad conocemos su ortogonalidad, la posición central de sus templos, palacios y núcleos administrativos, y la rectitud y anchura de las avenidas que cruzaban por los barrios residenciales, cuyas demoras acomodadas poseían baños y jardines internos (fig. 3). Un tercer caso se materializa en la fortaleza de Buhen, un puesto avanzado para la defensa del reino en Nubia (siglo XX a.C.), cuya ciudadela interior, presidio de la guarnición y concebida con estructuras para el

almacenaje y el culto religioso, tras sus muros aparece ordenada en cuadrícula de una forma semejante a los posteriores campamentos romanos. Las especiales condiciones que vieron aparecer Tell el-Amarna y Kahun, o la fuertemente amurallada Buhen, poblaciones de nueva planta, explican su plano geométrico, pero no constituyen arquetipos de lo que hubo de ser el verdadero urbanismo egipcio, que a excepción del sometido a las necesidades del palacio y de los templos, se caracterizaría por su estilo disperso, rural e irregular y por la sempiterna pobreza de los materiales constructivos. La falta de monumentos de relieve en la ciudad de Coptos provoca que apenas queden restos de un nudo caravanero fundamental entre el Mar Rojo y el Nilo a lo largo de los siglos. En ejemplos como el de Tebas, de la que sólo resta para analizar los templos de Karnak y Luxor en la orilla este del Nilo y las tumbas faraónicas en la oeste, se comprueba hasta qué punto la arquitectura y el urbanismo cumplían funciones casi exclusivamente estatales y religiosas; esta ciudad, tan relevante en el Imperio Nuevo, ni siquiera destacó por su comercio, ni se observa que la producción que detentaba abasteciera a una población realmente ciudadana –ni por supuesto rural- más allá de los funcionarios, sacerdotes, artesanos y campesinos que mantenían el funcionamiento de los recintos cultuales y del palacio. Éste y otros motivos llevan a Frank Kolb a concluir, que a la vista de las actuales pruebas arqueológicas, la egipcia “no era una civilización de ciudades, sino de palacios, templos y tumbas; en ellos, y no en las ciudades, se cristalizaba la vida política, religiosa, social, económica y cultural de Egipto”.

2.3. La ciudad en el mundo griego y egeo

Los estudios dirigidos hacia la Grecia continental hablan de culturas protourbanas en los albores del VII milenio a.C., localizadas en las localidades tesalias de Dimini y Sesklo, comunidades agrícolas y pastoriles situadas en altura y amuralladas, cuya población rondaba en torno a los 5.000 habitantes al alcanzar el 4.500 a.C. A tenor de su economía y de su hábitat ambos centros desconocerían las desigualdades y estratificaciones sociales; los núcleos familiares se mantendrían paritarios y los recursos se repartirían ecuánimemente.

Gracias a su estratégica posición de paso e intercambio en el Egeo, su riqueza en materias primas y metales y su vocación naval, la cultura cicládica de principios de la Edad del Bronce (III milenio a.C.) desarrolló una civilización que podemos definir urbana, aunque sus asentamientos no sobrepasen el tamaño de un poblado. Empero, de sus fases previas pocos testimonios permanecen en pie, apenas el recuerdo de sus

viviendas rectangulares levantadas en piedra, hoy derruidas e informes. De mayor claridad son los restos de baluartes de los poblados de Chalandriani y Kastri en la isla de Syros, o de Filacopí (Milo), si bien nos trasladan ya a la época de influencia minoica. Kastri ilustra un tipo de fortificación de gran consistencia (doble anillo amurallado con bastiones de planta de herradura), levantada en la parte de un promontorio donde menguan las posibilidades de defensa natural. Como punto de referencia en el territorio, ésta y las demás ciudadelas protegerían las habitaciones hacinadas tanto dentro como fuera de ellas, casas de pequeñas dimensiones, de piedra, constreñidas unas contra otras mediante rústicos muros medianeros o adosados a la propia muralla, o separadas por intrincadas callejuelas estrechas.

El tipo de asentamiento que ha caracterizado la que Evans denominó civilización minoica durante la época del Bronce Medio es el basado en el sistema palacial. Los primeros testimonios de una estructura urbana de esta categoría en la isla de Creta se remontan al periodo de los Primeros Palacios (Minoico Medio IB, c. 2.000 a.C), de los que la arqueología ha podido revelar su funcionalidad como centros administrativos y culturales (como atestiguan las tablillas Lineal B), reguladores de la productividad económica de un territorio, que almacenan y redistribuyen, y asimismo sedes de producción de diversas manufacturas; la carencia de murallas en los núcleos minoicos también atestigua el ejercicio de un poder militar y defensivo por parte de dicha realidad político-religiosa. En lugares como Mallia, Zakros, Phaistos y Cnosos resulta evidente la conformación de poderes centrales y de una jerarquización a partir de los grupos familiares emergentes que favoreció la construcción de los palacios, no obstante a que la mayor parte de la población residía en comunidades dependientes de aquéllos, más reducidas, de las que los santuarios dispersos en el territorio bien podrían haber sido referentes.

En torno al 1.700 a.C., tras un colapso provocado por causas desconocidas –tal vez a fenómenos naturales-, pero que en todo caso no afectó a la continuidad de los elementos fundamentales de la cultura cretense, comenzó un periodo, el de los Segundos Palacios, definidor por excelencia del tipo de asentamiento cretense, y en el que mayoritariamente se reaprovecharon las trazas arquitectónicas anteriores: el de las monumentales ciudades-palacio, que con unas dimensiones considerables (por ejemplo Cnosos con sus 14.000 m², o Phaistos con cerca de la mitad), se caracterizaron en sus aspectos formales por la planificación de patios centrales alrededor de los cuales se ramificaban de forma irregular, y a diferentes alturas, las sucesivas estancias multifuncionales (ambientes dedicados a los trabajos artesanales,

al almacenaje, a los archivos, a la residencia de prestigio del gobernante y de su círculo cortesano o a las actividades rituales y políticas, propias de una jefatura en la que confluían estrechamente ambas dimensiones), así como el juego de corredores y escaleras de comunicación, conformando una fisonomía laberíntica que Evans entroncó con los mitos vinculados a la isla (fig. 4). Algunos autores asimilan esta concepción arquitectónica y espacial al binomio palacio-templo distintivo de las ciudades orientales.

La aglomeración urbana se desarrolló en estrecha dependencia del palacio, en residencias de pequeño tamaño –que asimismo albergaban diferentes actividades productivas- que se desplegaban, al igual que los ejes viarios, adaptándose irregularmente a la topografía del terreno donde inicialmente surgieron como enclaves neolíticos (Cnosos, Phaistos, Mallia). Un vistazo al yacimiento de Akrotiri, en la isla de Thera, objeto de una catastrófica erupción volcánica que recientemente se ha empezado a fechar en el año 1628 a.C., ilustra el tipo de vivienda que se difundiría por las islas egeas y en Creta: casas en edificios de adobe y madera de hasta tres plantas, a veces decoradas con pinturas al fresco, provistas de almacenes para los productos alimenticios y el vino, y con ventanas asomadas a la calle. Fuera de la ciudad, la explotación intensiva del territorio circundante se ligaba a distintos conceptos de poblamiento, sea a aldeas rurales que a establecimientos palaciegos menores, sede de una burocracia regional recaudadora de impuestos y organizadora del trabajo agrícola y artesanal en beneficio del palacio principal: así, Hagia Triada gestionaba las zonas de cultivo de la Mesara occidental para Pahistos, mientras que en el puerto de Zakros se focalizaban las operaciones comerciales marítimas de Cnosos.

Una combinación de desastres naturales y de posibles convulsiones en el interior de la sociedad minoica facilitaron que hacia el 1.400 a.C. en Creta, de forma semejante a lo que sucedía en las localidades de la Grecia continental del Ática, Argólide, Beocia y Mesenia desde finales del Heládico antiguo (3.000-2.000 a.C.), se instalaran grupos humanos de origen indoeuropeo, los aqueos, tradicionalmente relacionados con la implantación de nuevos elementos como el uso del caballo con fines militares o con la fabricación de utensilios y armamento en bronce. Dejando aparte el debate de la posible influencia cretense sobre los sistemas de asiento urbano de los aqueos, o al menos de los de sus élites, la civilización micénica (denominada así a partir de la excavación de su enclave más célebre, Micenas, por Heinrich Schliemann) propagó un prototipo de ciudadelas, de palacios-fortaleza erigidos en altura a modo de acrópolis, independientes unas de otras y regidas por un soberano o

wanax. Tirinto, Orcomenos, Pilos, Atenas, Tebas o la misma Micenas se cuentan entre estos reinos –que Homero contabilizaba en doscientos- que hicieron fructificar durante el Bronce reciente (1.500-1.180 a.C.) no sólo una impresionante arquitectura defensiva (las monumentales murallas de varios metros de altura de Micenas o Tirinto, de paramento ciclópico, aquélla famosa por su espléndida Puerta de los Leones (fig. 5), los sinuosos accesos a profundos pozos y las troneras fortificadas), sino también de representación principesca, que constructivamente adquiere la forma de *Mégaron*. Los palacios de Tirinto y de Pilos representan sendos ejemplos de este elemento central del que emanaba el poder palatino, tipológicamente integrado por grandes patios con acceso un salón del trono con hogar central y dotado de un aparato decorativo programático, reflejo de los elementos míticos y bélicos del linaje así como de los ceremoniales aristocráticos. El despliegue urbanístico sobre la acrópolis fortificada giraba alrededor del palacio y de los conjuntos edilicios anexos, orientados a acoger a la nobleza local pero especialmente a colmar las competencias del gobierno del *Wanax*: archivos repletos de tablillas Lineal B que plasman la burocratización del sistema micénico y la organización del control territorial, talleres de especialización artesanal, zonas de almacenaje, santuarios de las divinidades aqueas, cuerpos de guardia, e incluso los sepulcros de los antepasados dinásticos. La población, buscando la protección de la fortaleza, se estableció en las bases y en las faldas de las colinas amuralladas en casas hacinadas y de irregular trazado o buscando las vías de conexión entre las distintas ciudadelas, agrupada en comunidades clánicas dotadas con su propios cementerios.

En el siglo XII, desestabilizados ya sea por cataclismos y revueltas sociales, que por las relaciones beligerantes entre los pueblos aqueos, o a causa de las progresivas oleadas migratorias de nuevas gentes indoeuropeas –los dorios-, los reinos micénicos llegaron a su fin y la mayor parte de las ciudadelas fueron abandonadas o destruidas. La Historia de Grecia atravesó en los siglos siguientes un largo periodo de oscuridad (bautizado por la investigación como Edad Oscura), definido arqueológicamente por el empobrecimiento de la cultura material y de sus técnicas de fabricación, el abandono de prácticas constructivas previas o la desaparición de la escritura, superflua sin administraciones centralizadas; así, a la desintegración del mundo micénico tampoco sobrevivirían sus pautas urbanísticas –que en ningún caso impelerían a definir a la civilización micénica, con escasa densidad de población, exactamente de urbana-, pero sin embargo sí lo harían algunos usos constructivos singulares, tales como la forma del *Mégaron*, fosilizada en los futuros templos helénicos, las estoas y las acrópolis. Otras formas de asentamiento suplirían a las decadentes ciudadelas

micénicas, ahora reocupadas parcialmente con inestables construcciones parasitarias, o cuyas tumbas constituirían puntos de referencia en un paisaje de comunidades aisladas, de unos pocos centenares de habitantes, gobernadas por cabecillas locales o *basileus*. Por ejemplo, refugiados de las depauperadas condiciones vitales que ofrecía la llanura de la Creta micénica levantaron en el siglo XII el poblado de montaña de Karphi, reducto de algunas tradiciones religiosas minoicas que con seguridad resultaba inhabitable en los meses invernales. Alrededor del año 1.000 los movimientos poblacionales desencadenados en esta fase crítica cristalizaron igualmente en la fundación de diferentes localidades en Asia Menor, tales como Esmirna, que después de dos siglos de existencia, y a pesar de la erección de una importante muralla tras la que convivían aproximadamente 2.000 personas, en el VIII no superaba la categoría de núcleo protourbano. En dicho siglo, en el contexto de un crecimiento demográfico general y de una potenciación de las relaciones con el exterior, la arqueología detecta en las principales ciudades griegas (Atenas, Corinto, Argos, etc.) un proceso de sinecismo de las agrupaciones humanas antes dispersas – si bien en otras zonas persistió la fuerte presencia de pueblos disgregados-, proceso que se refleja en la mayor densidad de población reunida en un centro cívico, dotado de su correspondiente necrópolis. La elección del punto concreto de asiento dependía de la facilidad de acceso al mar y a posiciones de altura donde retirarse en situaciones de peligro, de las posibilidades de aprovisionamiento de agua o de la existencia de llanuras fértiles en el entorno. De la lectura de los contemporáneos poemas homéricos se desprende que estas transformaciones se basarían en la unión bajo la égida de un singular poder aristocrático de una serie de tierras controladas por otros aristócratas que reconocerían una supremacía militar y religiosa en aquél.

Radicarse en una morada común y permanente exigiría la construcción de casas y templos, de una muralla, de un recinto en altura donde refugiarse –la Acrópolis, que en el transcurso de los siglos se convertiría en la sede del culto de la deidad principal de la ciudad -, incluso la demarcación de una zona de ágora; pero asimismo la distribución de las áreas de cultivo del terreno circundante, que abastecía a su centro de referencia, con el que constituía una entidad jurídica inseparable. Agregaciones de esta clase, con las implicaciones económicas, políticas y sociales que conlleva, donde se insinúa la existencia de una soberanía autónoma y la organización institucional y jurídica de sus habitantes, se encuentran en la base de la polis primitiva. La verdadera urbanización de estas ciudades y en mayor medida su monumentalización arquitectónica son fenómenos que sin embargo se sucederían en los siglos posteriores, esencialmente en el VI, cuando la descomposición del modelo de

sociedad aristocrática permitió que una categoría de gobernantes, los tiranos, se hicieran con la hegemonía ciudadana, posición de poder desde la que aplicaron una activa política edilicia como medida propagandística. Desde esta perspectiva, el recurso a los programas constructivos (embellecimiento de las ciudades, erección de templos, monumentalización de los sistemas de abastecimiento de agua...) coadyuvaba a cimentar el prestigio de su gobierno en la polis y ante el resto de tiranías y a proveer de trabajo a sus súbditos.

Aún así, el fenómeno urbanístico en la civilización griega no fue en absoluto homogéneo: el grado de urbanización de muchos emplazamientos se mantuvo a niveles extraordinariamente bajos –con escasos edificios públicos, que surgían desordenadamente según las necesidades-, además de que gran parte de las tipologías monumentales procedentes de Grecia no se consolidaron hasta entrada la época clásica o ya durante la Helenística. Por otra parte, a la plena originalidad de la arquitectura griega arcaica o a su concepto de planificación urbana se le deben sumar los estímulos externos procedentes del Próximo Oriente o de Egipto (el desarrollo de una arquitectura monumental en piedra, abandonando la madera y el adobe, o el sistema de columna, capitel y entablamento), regiones con las que Grecia se hallaba en contacto desde fechas muy tempranas. La práctica de la planificación regular, en cuadrícula, que en breve adoptaría la urbanística griega y cuya historiografía no dudaría en conferirle un nombre propio –el de Hipodamos de Mileto- había estado en uso durante siglos en el Mediterráneo oriental, como se observa en las ciudades de nueva planta egipcias o en las fundaciones y reconstrucciones asirias (Megiddo), neobabilónicas (Borsippa, Babilonia) y de Urartu (Zernaki Tepe).

En el caso griego, el campo de pruebas de la proyección ortogonal de las ciudades fue la experiencia colonizadora de los siglos VII y VI, espoleada por la búsqueda de nuevos mercados y de la riqueza de las zonas de explotación agrícola del Mediterráneo Occidental y el Mar Negro, pero igualmente por la conflictividad política en las poleis. Al menos en la península italiana y en Sicilia los griegos sí habrían sido los introductores originales de la planificación ortogonal de la que los pueblos etrusco y romano resultarían después continuadores². La llegada a tierras extrañas, habitadas por poblaciones locales, habitualmente significaba la necesidad de ocuparlas mediante el empleo de la fuerza (testimoniado en las colonias de Cumas, Siracusa, Tarento) y la expulsión de los indígenas. Disponer de un espacio virgen

² No obstante, la supuesta irregularidad de los asentamientos fenicio-púnicos en occidente ha empezado a ser revisada y a ponerse en tela de juicio.

donde fundar una ciudad obligaba a proyectar a priori una planta que previera futuras necesidades básicas como el crecimiento demográfico, predecible por la disponibilidad de amplios campos de producción, o la instalación de ulteriores contingentes de colonos, y que de la misma forma contemplara el reparto del suelo entre los hombres y los dioses, es decir, entre un provecho privado y agrícola y una función sagrada. El jefe de la expedición procedía entonces a la división de la tierra disponible en lotes homogéneos, con intersecciones ortogonales que determinaban una serie de parcelas rectangulares (planificación denominada en “estrigas”) y unos ejes viarios regulares.

La lógica geométrica de este trazado contenía implicaciones políticas al residir en un reparto más democrático del terreno y en la difusión de un sentimiento de adhesión ante un entorno hostil. Una de las más tempranas colonias de las estructuradas en forma de damero es la siciliana Megara Hiblea, fundada a finales del siglo VIII respetando un espacio abierto entre sus viviendas -perfectamente alineadas con las calles- destinado a acoger el ágora ciudadana. En la costa campana, sendas zonas residenciales de planimetría ortogonal de la colonia de Paestum se hallaban separadas por una ancha franja dirigida al uso público, fragmentación que junto a la cuadrícula formada por los ejes viarios caracteriza la fisonomía de la mayor parte de estos enclaves (y que por ejemplo muestra la planta de Metaponto, del siglo VI).

A pesar de la existencia del precedente helénico colonial y de la prolongada experiencia constructiva oriental Hipodamos de Mileto ha trascendido en la historia de la urbanística como el inventor del tablero en ajedrez y de la organización geométrica de la ciudad antigua. Pese a ello la investigación contemporánea todavía trata de ubicar su figura dentro de la evolución de la planificación urbana ideal así como de iluminar algunos aspectos relacionados con su carrera como arquitecto y teórico de la arquitectura, apenas esbozada por Aristóteles en su *Política*. Su participación en la mayoría de los proyectos que se le atribuyen resulta oscura: la cronología de la fundación de Rodas (408-407 a.C.) parece demasiado alejada de la trayectoria vital que se le supone (a grandes rasgos, la primera mitad del siglo V), mientras que la concepción del nuevo plano de su ciudad natal, Mileto (hacia el 479 a.C.), necesario tras su destrucción por los persas, y de la colonia ateniense de Turios (444-443 a.C.) se apoyan en su mera ortogonalidad y racional distribución espacial, pero carecen de corroboración documental³ (fig. 6).

³ Diodoro no menciona al milesio en su descripción de la fundación de la colonia suritaliana (*Biblioteca Histórica*, XII, 10, 7), y otras fuentes -Hesychius y Photius- simplemente recuerdan que Hipodamo emigró en un cierto momento a ella.

La primera, adaptada a la península que la acoge, constaba de un ágora central desde el que se estructuraban varios barrios residenciales ordenados en bloques y solares para la edificación pública entre sus dos puertos, bien equipados de infraestructuras con motivo del boyante comercio milesio. La misma planificación unitaria y funcional, con conformación reticular de las calles, se repetía en Turios, motivo por el cual ambos asentamientos no han dudado en estimarse “hipodámicos”. Por el contrario, Aristóteles lo señala como el autor del diseño del puerto ateniense del Pireo (alrededor del 450 a.C., en realidad abarcaba tanto el puerto comercial como el militar), donde delimitó distintas áreas reservadas a fines públicos y privados mediante cipos, distribuyendo la ciudad en distritos perfectamente cuadrículados, y dotando de un papel relevante a las zonas comerciales alrededor del ágora, a su vez en directa conexión con los complejos sacros.

En la actualidad se tiende a considerar a Hipodamo en su dimensión teórica, como a un codificador de las tendencias urbanísticas de su tiempo (la división de la ciudad en áreas, aunque siempre integradas en el conjunto, sin menospreciar los principios matemáticos en su orientación; la agrupación de las edificaciones públicas en razón de su funcionalidad; por supuesto, la planificación urbana en cuadrícula, la transitabilidad de las calles) y a un filósofo preocupado en dibujar las líneas fundamentales de la ciudad ideal, sin obviar su vertiente social: la segmentación de la ciudadanía en tres grupos –artesanos, campesinos y guerreros- con sus barrios residenciales puntualizados y el abastecimiento diferenciado y adecuado a su condición, y la atención a las necesidades diarias de cada clase gracias al trazado organizado de los sectores urbanos que facilitaban el desarrollo del comercio, de la vida pública y religiosa, del transporte interno, etc.

Los siglos V y VI fueron testigos de un importante incremento de la vida urbana en Grecia. Independientemente al verdadero papel de Hipodamo de Mileto en la creación o al menos en la sistematización de las normas del diseño geométrico de las urbes, aquéllas que se reformaron o que nacieron en la época clásica aplicaron el plano racional y la compartimentación funcional, si bien acomodándose no sólo a su situación geográfica sino también a las circunstancias sociales y políticas que atravesaban, buscando soluciones a las demandas y problemáticas ocasionadas por ese aumento del estilo de vida ciudadano. Éste es el caso de Olynthos, que como centro de la Liga Calcídica hubo de acrecentar su tamaño a partir del 432 a.C., gracias a lo cual conocemos sus casas perfectamente alineadas, o de Priene, trasladada de

su situación inicial a las faldas del monte Micalé durante el reinado de Alejandro Magno, obligando a la ciudad a articularse mediante una composición aterrazada sin renunciar a la ortogonalidad. Otros asentamientos que hacía varias centurias que proseguían su lento crecimiento y su evolución natural no llegaron a reflejar los principios urbanísticos que, para entendernos, llamaremos hipodámicos; de hecho habría que preguntarse hasta qué punto no fue éste el rasgo esencial de los núcleos de época clásica. La propia Atenas, la ciudad clásica por excelencia, era descrita en el siglo III a.C por Dicearco de Mesina en los siguientes términos: *“La ciudad es seca y está mal provista de agua. Las calles no son más que miserables pasillos viejos, las casas son mezquinas y entre ellas hay unas cuantas un poco mejores, pero que tampoco pueden considerarse como realmente en buenas condiciones. Al llegar por primera vez el viajero, le resultará difícil creer que está en la Atenas de la que ha oído hablar tanto...”* (Historia de Grecia, II, 254, 258). La historia de la capital ática arrancaba en época micénica y su fisionomía urbana había sido moldeada a lo largo de los siglos en respuesta a las imposiciones topográficas y urbanísticas: por ello las edificaciones de nuevo cuño se tenían que ajustar al mezquino espacio dejado por las construcciones antiguas y las calles, incluso las principales, seguían el contorno sinuoso de las colinas, demarcando bloques irregulares de residencias y de establecimientos industriales. La Acrópolis, sede del culto a Atenea, careció de monumentos realmente suntuosos hasta los tiempos de Pericles, y no sería hasta época helenística que el Ágora despuntara por la monumentalidad de sus *stoas*.

Las instituciones cívicas de la polis perdieron buena parte de su sentido y entraron en decadencia durante el auge del imperio macedónico, pero no así el concepto de ciudad griega, que, por el contrario, se benefició de la realidad política que se impuso en el Mediterráneo oriental a partir de finales del siglo IV, tras la desaparición de Alejandro Magno en plena juventud: la formación de los reinos helenísticos. El conquistador macedónico había definido algunas de las claves que fijarían los fines de las urbes helenísticas, tales como la expansión de la civilización griega hasta allá donde habían llegado las armas macedónicas, el dominio de vastas áreas del Oriente mediante la fundación de nuevos centros, en los que se propiciaba la fusión de ambos mundos, el griego y el bárbaro, o la perpetuación de la memoria de las dinastías reinantes con la ayuda de una formidable propaganda de planificación arquitectónica hasta entonces desconocida.

El éxito del modelo griego de ciudad se plasmó en unas regiones orientales pobladas de centros urbanos semejantes a los de la Grecia peninsular, los cuales

transfiguraban antiguos enclaves preexistentes o nacían en regiones estratégicas para el tránsito de personas y mercancías y la prosecución de las acciones bélicas. Los planos hipodámicos se aplicaron en superficies urbanas desmedidas, habitadas por decenas de miles de almas –con la consecuente proyección de soluciones urbanas de índole doméstica, mercantil o religiosa-, y donde se multiplicaban las estructuras destinadas al ocio y a los espectáculos, el uso de diferentes métodos y materiales de construcción, a lo cual se añadía una monumentalización a gran escala, perceptible sobre todo en las capitales helenísticas, donde revertían la mayor parte de los recursos de los imperios, invertidos en la edificación de palacios, tumbas dinásticas y grandiosos templos. Arquetipo de fundación helenística fue la propia Alejandría (332-331 a.C.), obra de Deinócrates de Rodas, y cuyos edificios de representación, a más señas, han trascendido en la historia de la civilización antigua por su celebridad: la Biblioteca, el Museo, la Tumba de Alejandro, el Faro... Tras estos nombres, que la literatura popular ha rodeado de enigmas y de un halo de misterio, subyace la realidad de una megalópolis próspera, nudo de conexión y de intercambio de productos entre Oriente y Occidente (la torre alzada en la isla de Pharos guiaba con sus llamas el tráfico marítimo nocturno), cuya brillante universidad y biblioteca rica en papiros atraían a científicos y literatos de todos los rincones del orbe. Si la noticia transmitida por Estrabón (*Geografía*, XVII, 1, 8) de que sus magníficos jardines públicos abarcaban hasta un tercio de la ciudad no les habría faltado lugares de solaz al pueblo de Alejandría.

El Oriente helenístico suponía una oportunidad para fundar colonias que pusieran en explotación los recursos que resultaban ya escasos en otras zonas ocupadas por los griegos y que ponderaran su autoridad. Los soberanos seléucidas se mostraron muy activos en este sentido implantando los asentamientos de Antioquía, Apamea, Laodicea o Dura-Europos en las actuales Siria y Turquía. En líneas generales estos centros en damero, rectangulares, contaban con una vía principal que determinaba la alineación del resto de las calles -perfectamente pavimentadas y provistas de conducciones de agua subterráneas-, de varios kilómetros de longitud, que durante el periodo romano se convertirían en largas avenidas porticadas que aún hoy podemos contemplar; la de Gerasa desemboca en una impresionante plaza oval, a los pies del templo erigido en honor de Zeus (fig. 7). La significación comercial y su localización en nudos viarios fundamentales (próximas a los ríos Tigris y Éufrates, monopolizando el lejano comercio de la India y China, en las antiguas pistas procedentes de Arabia, en los desérticos caminos dirigidos hacia la costa siria...) de algunas de estas comunidades próximo-orientales condujo a Rostovzev a definir las

“caravaneras”. Dura-Europos, enclavada al borde del Éufrates en el 300 a.C. a modo de fortaleza fronteriza, ejemplifica esa situación privilegiada, causa de intermitentes disputadas entre selúcidas, partos y romanos y de que sus murallas se hayan renovado en distintas ocasiones.

El Helenismo todavía introdujo un elemento –no del todo novedoso y que en cierta medida rompía con los esquemas hipodámicos- en el urbanismo griego, de enormes consecuencias en ciudades como Pérgamo (fig. 8): la articulación de sus conjuntos constructivos en terrazas escalonadas a tenor del terreno en relieve a disposición, produciéndose un evidente efecto paisajístico resaltado por la espectacularidad y el barroquismo decorativo de aquéllos; y aún más, facilitando un diálogo fluido entre las edificaciones, que lejos de permanecer aisladas, se integraron en complejos arquitectónicos concebidos unitariamente, entendidos sólo gracias a su agrupación. La monarquía atálida que gobernaba en Pérgamo desde el siglo III a.C. podía congratularse de convivir simbólicamente en lo alto de la acrópolis en comunión con los dioses, con el palacio y los templos de Zeus, Atenea y Dionisos en un nivel superior –simbolismo bien entendido por los arquitectos de época trajanea que colocaron el culto al emperador en dicha cima-, a la par que con la ciencia y la cultura representada por la Biblioteca.

2.4. La ciudad en el mundo itálico: Etruria y Roma

A excepción de los griegos, con sus colonias establecidas en la Magna Grecia y Sicilia a partir del siglo VIII, el etrusco fue el primer pueblo de la Península italiana en construir ciudades. La evolución de las primitivas aldeas villanovianas de la Edad del Hierro a asentamientos protourbanos y urbanos etruscos encierra una problemática de difícil solución en la que no nos vamos a detener aquí. Basta señalar que desde principios del I milenio a.C., y acercándonos al siglo VII a.C., mientras que algunos enclaves villanovianos perdieron sus funciones habitacionales y se abandonaron, en otros se rastrea una ocupación continuada en el tiempo, sin que en todos los casos la investigación pueda determinar si nos encontramos frente a un proceso de sinecismo de distintas aldeas que se concentraron en un foco principal. Núcleos como Veyes muestran ese pasado villanoviano, así como la transición de las cabañas a las viviendas con fundamentos de piedra, con la adición de una muralla ya en el siglo VI. Los fundamentos de este tipo de movimientos, así como de la aproximación a formas de vida urbanas, se achacan a una combinación de un intenso crecimiento demográfico sumado a una concentración del poder político; muchos asentamientos

etruscos que persistieron a lo largo de los siglos (Veyes, Tarquinia, Vulci, Orvieto), de hecho, habrían atravesado esa fase en su progreso hacia su conversión en entidades ciudadanas. El modelo, por supuesto, permanece abierto a una serie de variables regionales relacionadas con las disparidades económicas y sociales, especialmente entre el norte y el sur del territorio etrusco.

En el sur, en la región de la Campania, los etruscos entraron en contacto con el mundo griego, del cual tradicionalmente se ha sostenido que asimilaron los mecanismos rudimentarios de la planificación urbanística. Esta indudable influencia perdería vigor, aunque sin desaparecer, según nos aproximamos a la zona central de Italia, donde el plano ortogonal presentaría aspectos singulares y divergentes de los usos griegos, y donde la previsión de sistemas de drenaje –y en general de la completa ingeniería hidráulica-, la pavimentación de las calles y otros servicios enfocados a la habitabilidad de la ciudad parecen más fraguados que en las colonias suritalianas. El damero hipodámico, con todo, no tenemos que considerarlo el distintivo principal de los centros etruscos, y sobre todo en fechas anteriores al siglo V, a pesar de que se cumpla en algunos de ellos.

De urbanismo reticular es la ciudad de nueva planta de Marzabotto (hacia el 500 a.C.), con avenidas cortadas en ángulo recto –unas pocas de ellas alcanzan los 15 m. de anchura y poseen aceras-, bloques de casas homogéneos y una excelente red de cloacas. Capua, sita en la zona campana, presenta la misma regularidad, lo cual confirma que las líneas básicas que siguieron las fundaciones etruscas se encuentran en deuda con las ideas sobre la planificación ciudadana de los colonos procedentes del Egeo. Cabe reseñar sin embargo la falta de ágoras o lugares de asamblea pública en las ciudades etruscas, un espacio tan primordial en la mentalidad griega; aunque las fuentes las mencionan, la arqueología no ha podido avalar aún su existencia, o lo hace sólo en la fase de su sometimiento a Roma.

A través del tamiz del pueblo etrusco, pero también en su trato directo con la cultura de la Magna Grecia, Roma fue capaz de producir modelos de formulación urbana que iría perfeccionando y ajustando durante su historia, muy en relación con la etapa de expansión italiana y mediterránea que atravesara. Los romanos estimaban que los rituales religiosos que se realizaban durante la fundación de una ciudad los habían heredado de la civilización etrusca, y así nos lo han transmitido sus escritos. Instaurar una ciudad de la nada representaba una acción de profundo contenido religioso, que necesitaba del consenso de los dioses desde el momento mismo de la

elección de su emplazamiento, paso en el que resultaba determinante la figura del augur, intérprete del favor de los dioses y de la idoneidad del sitio escogido a través de la contemplación del vuelo de las aves. El perímetro del asentamiento requería igualmente de un trazado ritual, llevado a cabo empleando un arado de bronce uncido a una pareja de bueyes blancos, el cual se levantaba al alcanzar los puntos predeterminados donde se situarían las puertas. El surco resultante no señalaba tan sólo la trinchera de cimentación del lienzo murarlo, sino que asimismo demarcaba un espacio sagrado, el *pomerium*, confiado a la protección divina. Otras operaciones matemáticas y astronómicas efectuadas por los agrimensores diseñarían el recorrido de sendas vías principales con orientación norte-sur (*Cardo*) y este-oeste (*Decumanus*), eje en cruz –cuyos extremos coincidían con los ingresos a la ciudad, y su centro, idealmente, en la plaza pública del foro- que fijaba la restante división viaria en cuadrícula. En realidad, aparte del aporte religioso etrusco, lo que esta articulación sugiere, aunque con una serie de contrastes, son obvios paralelismos con la ortogonalidad hipodámica, sensación que prevalece si añadimos elementos urbanísticos e institucionales concomitantes como el formado por los binomios ágora-acrópolis y su equivalente romano foro-capitolio. Algunos historiadores y poetas antiguos defendían la tesis de que la propia Roma era una polis más cuyos orígenes griegos se remontaban al héroe troyano Eneas. Cuando la Urbe extendió sus alas por toda Italia, no sólo conoció de cerca el panorama de las colonias griegas del sur sino que ante la exigencia de afrontar la creación de nuevos asentamientos tenía unos claros referentes a su disposición.

Las primeras colonias romanas atendieron a los aspectos estratégicos a los que empujaba su política de conquista, la defensa de los territorios adquiridos, la supervisión de los pueblos sometidos, siempre protegiendo, por descontado, a la propia ciudad del Tíber: por ejemplo, Alba Fucens (303 a.C.) vigilaba las rutas que ascendían desde la Campania hacia el norte, en tanto que Venosa (principios del siglo III) controlaba la Vía Appia a su paso por Apulia y Lucania, y Cosa (273 a.C.) aseguraba la defensa de la franja costera del Tirreno. Algunas de las prioridades a la hora de elegir ubicación cambiarían en el Imperio, cuando resultaba de mayor importancia que las facilidades defensivas el que tuvieran unas buenas comunicaciones, la fertilidad de las tierras de alrededor o las posibilidades de acceso a un puerto o a cruzar un río. Se trata de ciudades situadas en altura y amuralladas, de calles rectilíneas, dispuestas en ajedrezado, que intentaban buscar una localización céntrica para sus foros. El papel que pudo haber jugado la estructura de los campamentos militares romanos en esta planificación, sugerida por el cruce de las

vías principales en cruz (intersección en la que se encontraba la plaza central con su correspondiente cuartel general), y el entramado reticulados de las calles, cuenta con el claro inconveniente cronológico de que dicha ordenación se sistematizó con posterioridad a la fundación de muchas de las colonias. En contraste con la organización ideal de las colonias, por entonces Roma capital ofrecía una pobre impresión, con su desigual urbanística diseminada por las colinas, atestada de barrios populares de calles intrincadas y estrechas, apenas pavimentadas, a la que se abrían las heterogéneas fachadas de multitud de casas insalubres realizadas en madera, causa de los continuos incendios.

La influencia de la ciudad griega no se limitó a algunos de los elementos anteriormente citados; con sus fronteras en constante avance y con el incremento de la injerencia de la República en la política interna de los reinos helenísticos, diferentes fórmulas urbanísticas recalcaron en Italia, sea en la arquitectura pública y privada, sea en la civil y religiosa, que los proyectistas adaptaron a los requisitos particulares de la civilización romana. A caballo entre los siglos II y I a.C. una serie de santuarios locales exhibían una teatralidad y un barroquismo monumental idénticos a los de los complejos religiosos del Mediterráneo oriental. Estos aportes se hicieron notar en la estampa que ofrecía la propia Roma, más significativamente en las áreas neurálgicas en las que se desarrollaba la vida política, religiosa y civil. En esos dos siglos la ciudad dio ese salto cualitativo que la pondría a la altura de las urbes helenísticas en lo concerniente a la monumentalidad, a la erección de bellos edificios públicos, a la mejora de los servicios ciudadanos y al empleo de técnicas edilicias (se populariza el uso del *opus caementicium*) y materiales constructivos de mayor nobleza, todo ello financiado con el botín de las guerras en el este (motivo de que monumentos como los pórticos de Metello y de Octavio exaltarán sus victorias contra el reino de Macedonia) y proyectado por artistas griegos.

El Foro Republicano vio intensificada su vida comercial, lo cual se reflejó en la construcción de una nueva tipología arquitectónica, la basílica, de la que se levantaron cuatro en un breve lapso de tiempo: la Porcia, la Opimia (184 y 171 a.C. respectivamente), la Emilia (179 a.C.) y la erigida por Tiberio Sempronio Graco en el 170 a.C. Edificios preexistentes en la plaza foral como la sede del tribunal popular (el *Comitium*) y la Curia Hostilia fueron objeto de remodelaciones en el siglo I a.C.; otros surgieron ahora allí, como el imponente archivo estatal, el *Tabularium*, obra de Sila con la que se clausuraba escenográficamente el sector norte del Foro (fig. 9). La actividad edilicia no había contemplado un ritmo tan frenético como el que le

imprimieron en esos años finales de la República los candidatos a dirigir los destinos de Roma, impelidos por el deseo de autopromocionarse mediante la munificencia pública. En el curso del siglo, un primer teatro permanente, de piedra, vio la luz gracias a Pompeyo el Grande (55 a.C.) en el Campo de Marte, lugar donde César erigió una sede que acogía las votaciones del pueblo (*Saepta Julia*). Ambos eran patrocinadores de sendas curias, pero César dio un paso más allá iniciando la construcción de su foro homónimo, presidido por el templo dedicado a *Venus Genetrix*, dando origen a una práctica que mantendrían los emperadores romanos.

La frase acuñada por Suetonio de que durante su principado Augusto se había encontrado con una ciudad de ladrillo y que dejaba una de mármol minusvalora otras vertientes de las intervenciones de Octavio sobre Roma. Sus proyectos arquitectónicos y urbanísticos no se detuvieron en la ejecución de un mausoleo familiar, del Ara Pacis o de un foro autopropagandístico puesto bajo la protección de Marte Vengador: de la misma forma atendió a la higiene y a la sanidad pública (regulando el curso del Tíber y renovando el sistema de drenaje y de alcantarillado), al mantenimiento del orden en la Urbe (instituyendo un cuerpo de policía y bomberos), sin descuidar el asueto y la instrucción de sus súbditos en forma de teatros, termas, bibliotecas... por supuesto mecanismos perpetuadores de la ideología y de la omnipotencia del *Princeps*. Otros problemas endémicos ligados a la vivienda y a la habitabilidad de la ciudad nunca llegaron a resolverse; es el caso de las *insulae*, los bloques de casas en los que se hacinaba la mayor parte de los habitantes de la Urbe (los más afortunados; los menos moraban en sótanos, míseros antros o las *tabernae* donde también trabajaban), carentes de las comunidades que hoy en día juzgamos imprescindibles, de construcción endeble, y por lo tanto, predispuestas a sufrir derrumbamientos y a consumirse con el fuego. Juvenal describe uno de estos apartamentos de la Antigüedad con estas palabras: “*Cordo tenía un lecho menor que su mujer Prócula, seis jarras pequeñas, ornamento de su alacena y debajo un cántaro pequeñito y una imagen de Quirón recostado, y una cesta ya vieja conservaba unos libros griegos, y los incultos ratones roían los poemas divinos*” (*Sátiras*, III, 203-207).

Las reformas neronianas que se sucedieron tras el incendio que arrasó diversos barrios de Roma en el 64 d.C. intentaron subsanar algunos de estos inconvenientes y dotar a la capital de un cuadro de regularidad, según relata Tácito, pero sin llegar a aportar un remedio definitivo: “*Ordenó que las casas destruidas fuesen reedificadas no como tras el incendio gálico, sin regla ni orden, sino alineadas y formando calles anchas, limitando la altura de las casas y añadiéndoles porches en las frentes de las*

ínsulas para protegerlas del fuego (...) Los edificios habían de ser construidos en sus partes esenciales sin vigas de madera y consolidados con piedra de Gabi o de los Montes Albanos, refractarias al fuego. Además, el agua interceptada por abusos de ciertos particulares, se puso bajo vigilancia a fin de que llegase abundante y a un número mayor de viviendas". (Ann., XV, 43).

Durante el Imperio, las edificaciones públicas terminaron desplazando a la vivienda privada y acaparando los espacios céntricos de la ciudad (fig. 10). Con el paso del tiempo el espacio del Foro Republicano se había demostrado insuficiente para solventar las demandas y necesidades intrínsecas al crecimiento urbano y poblacional; esto, unido a la voluntad de los emperadores de superar a sus antecesores en el trono, germinó en la edificación de grandes plazas forales dotadas de negocios, escuelas, basílicas, bibliotecas, archivos y templos, de las que un ejemplo representativo es el Foro de Trajano (107-113 d.C.), el último de los Foros Imperiales. Como medio de control social y de manipulación política el Estado romano generó una cultura en torno al ocio y al entretenimiento popular que también contribuyó al embellecimiento de la Urbe con una arquitectura megalómana de teatros, donde tenían lugar las representaciones escénicas, anfiteatros que albergaban los combates gladiatorios y la *venationes*, y estadios y circos para los certámenes deportivos y las competiciones de carros respectivamente, a los que volveremos en el siguiente apartado. Este tipo de construcciones se podían encontrar en la mayoría de las grandes ciudades del Imperio, en las capitales provinciales, pero asimismo las de menor tamaño contaron con ellas, en especial aquéllas conquistadas en fechas más tempranas y que por lo tanto habían sufrido un proceso de romanización de mayor intensidad.

En época imperial el fenómeno urbano siguió extendiéndose por todas las provincias de Roma. Las ciudades no sólo constituían entidades fundamentales para la difusión de los valores romanos y para el mantenimiento de la paz, sino que se concebían como el nivel elemental sobre el que apoyaba la administración imperial. En ellas se reproducía a menor escala la organización política de la capital, y arquitectónicamente reflejaban una serie de concepciones edilicias creadas para solventar las exigencias económicas, sociales, religiosas y gubernativas resultantes de la implantación del poder romano sobre un territorio, como algunas de las citadas atrás, además de foros, basílicas, complejos termales, palacios, monumentos honoríficos, etc. Los programas de monumentalización y decoración de dichas estructuras debían expresar los principios que regían en la civilización romana y por

ello se convirtieron en un importante cometido de la propaganda imperial. A la par, la cultura urbana que representaba el modelo romano originó una dinámica de competición y rivalidad entre las comunidades vecinas y los miembros de las élites locales por obtener beneficios y privilegios del Estado a través del evergetismo (donaciones económicas, subvención de juegos y espectáculos, erección de templos, inscripciones y esculturas), fenómeno extendido en el este que contribuyó al desarrollo de las ciudades. Algunos autores defienden un genuino sentimiento de orgullo y de patriotismo cívico en las personas y poblaciones involucradas, pese a que habitualmente esta liberalidad les reportara la compensación social de alcanzar un cierto prestigio.

La urbanización del Imperio implicó distintas perspectivas según el territorio del que hablemos. Las costas mediterráneas, Grecia y amplias zonas de Oriente bebían de una tradición urbana secular a la que Roma incorporó sus propias experiencias, en particular en el campo de la ingeniería, construyendo acueductos, canales, puentes, carreteras, impregnándose al mismo tiempo de las autóctonas. Las transformaciones practicadas en las ciudades nativas no dejaron por ello de ser radicales. En las provincias del oeste, la ciudad tal y como la entendía el pensamiento grecorromano no existía, salvo raras excepciones, por lo que el Imperio, y ya previamente la República, tuvo que aplicar los esquemas de planificación que conocía, y que ya mencionamos, a fin de poder poner en marcha los dispositivos del gobierno municipal.

3. El concepto de urbanismo en la Antigüedad: principales espacios públicos y privados que configuran la ciudad

3.1. El Próximo Oriente y Egipto

Desde sus estadios más tempranos, la ciudad próximo-oriental comparte una serie de características que la arqueología ha desvelado y que ayuda a configurar el conocimiento que poseemos de la vida urbana en el pasado. No en todos los enclaves estos rasgos urbanísticos aparecen en un mismo periodo histórico o con una idéntica plasmación formal, si bien los condicionantes de una determinada concepción del poder o de una ideología religiosa común, principios inseparables en la Antigüedad, canalizaron experiencias arquitectónicas y categorías institucionales semejantes.

La convulsa Historia del Mediterráneo oriental y de Mesopotamia indujo a que los asentamientos buscaran ubicaciones con protección natural, como los lugares

escogidos por las ciudades-estado fenicias, fundadas sobre lenguas de tierra rodeadas de mar y peñones próximos a la costa, o que se proveyeran de defensas: inicialmente simples terraplenes de tierra, que se tornarían en recias murallas de ladrillo o de piedra a lo largo del III y II milenios (en coincidencia respectivamente con los esfuerzos imperialistas de los pueblos mesopotámicos y la posterior fragmentación político-territorial), singulares o de doble y hasta de triple muro, y reforzadas con torreones (figs. 11-13), cuyos accesos monumentalizados, sobre todo en las capitales imperiales del I milenio, dejaban entrever al sorprendido visitante un eficaz efecto propagandístico las maravillas del interior, sentimiento entremezclado con la turbación que sobrevinía ante los animales fantásticos que los guardaban: la silueta de aterradores animales mitológicos figurados en los brillantes ladrillos vidriados de la Puerta de Ishtar (Babilonia, 575 a.C.), o los famosos toros alados que flanqueaban puertas como la de Jerjes en Persépolis. La finalidad defensiva de por sí constituyó un argumento de peso en la fundación de ciudades nuevas; así, Menfis evolucionó de una fortaleza inicial (el Muro Blanco) del IV milenio a.C. que obstaculizaba el paso de posibles invasores del sur hacia el Delta del Nilo.

La mayor parte de las ciudades del Próximo Oriente fueron consecuencia de un sistema político autocrático, concentrado alrededor del templo y del palacio. Característico de aquél era el *zigurat* o torre escalonada, en cuya plataforma superior se erguía el templo de una divinidad, materializaba arquitectónicamente los ritos y ceremonias celebrados en montañas y lugares altos, que aproximaban a los oficiantes a los dioses, al sol, a la luna, a las constelaciones... Los ambientes sacros y culturales se desplegaban en su interior (fig. 14); el conjunto templar, sin embargo, comprendía otros santuarios menores, residencias (de sacerdotisas y sacerdotes, del personal adscrito al culto y a la administración), almacenes, archivos e incluso barrios enteros en los que desarrollaban su trabajo los escribas. El palacio constituía un espacio multifuncional, no únicamente arreglado a la instalación doméstica del soberano y de su corte, ni a su aparato de representatividad político-religiosa y administrativa (salón del trono y de recibimiento, capillas privadas, archivos...), sino de forma similar al conjunto de actividades económicas vinculadas a su persona (almacenes, bodegas, talleres). En uno de los palacios egipcios conocidos, el que ocupó Akenatón en Tell el-Amarna, no se respetan estos esquemas, sino que simplemente distancia las habitaciones privadas del faraón del área de gobierno y de recepción (con grandes patios y salas columnazas de recibimiento, algunas decoradas con estatuas colosales), teniendo como nexo de unión un puente cubierto que superaba el camino real; esta fórmula se repite en el palacio de Malkata, que alojaba a Amenofis III y a su

séquito en una serie de habitaciones que tenían destinadas durante las celebraciones religiosas en Tebas, claramente separadas de los al menos tres salones de audiencias del complejo (identificados por las tarimas que soportaban el trono) y de las cámaras de recepción de las esposas reales.

En ciertas ciudades mesopotámicas, la dimensión administrativa del palacio resalta por encima del resto de las atribuciones de un centro urbano: la Nínive asiria cuenta con dos palacios del siglo VII (el de Sennaquerib y el de Assurbanipal) donde desarrollaban sus tareas funcionarios, escribas y archiveros. Pero en otros casos resulta difícil estipular dónde acababan las prerrogativas palaciales y dónde empezaban las del templo; estructuras palaciales como las de Ur aparecen tardíamente y en directa relación con el santuario de Nannar, a su vez compuesto de sus oficinas y ambientes de almacenaje privados. Los reyes cimentaban su poder en la divinidad principal creadora de la ciudad-estado y ostentaban el sumo sacerdocio de una clase sacerdotal que cada vez exigía mayores parcelas de dominio. Los templos atesoraban riquezas resultantes de las ofrendas de los gobernantes y de los ciudadanos y poseían una fracción importante de tierra, trámite compras y donaciones, que parte de la población bien arrendaba, bien se veía forzada a trabajar. No hay que subestimar tampoco el papel de los santuarios como puntos de gestión de los intercambios comerciales.

El ejemplo egipcio enseña la enorme difusión de los asentamientos generados a partir de templos, igualmente dueños de vastas posesiones y con acceso al control de la productividad y del comercio, con personal dependiente encargado de llevar adelante las actividades económicas que incumbían al santuario (en Abidos, capital del culto osíriaco, los sacerdotes fiscalizaban su dinámico tráfico caravanero). Por ello las reformas del sistema de creencias de algunos faraones como Akenatón sacudieron las bases político-religiosas (amén de las económicas) del Estado, al menoscabar las prebendas del clero de Amón, con las implicaciones económicas que conllevaba. Monarcas mesopotámicos como Lugallanda de Lagash secularizaron los bienes eclesiásticos a fin de frenar la omnipotencia del templo; la preponderancia de este estamento también se demuestra en su conspiración contra Nabónido en el VI a.C, a quien traicionó brindando a los persas la entrada a Babilonia a causa del descontento que acarrearón sus reformas. La implantación urbana de los complejos sacros se ha interpretado como un reflejo de esa dicotomía entre la autoridad religiosa y la laica: los templos esparcidos por el entramado de la ciudad expresarían la subordinación de la primera a la segunda, en tanto que su agrupación en un área sagrada principal

colocaría a la primera como cabeza rectora de la sociedad, de la economía y de la política local. La acrópolis de Ur, con el templo consagrado al dios Nannar y el *zigurat* encerrados tras una muralla, o la ciudad sagrada de Nippur, con sus céntricos recintos sagrados de Enlil e Inanna, son buenos ejemplos de ello (fig. 15). El modelo, por supuesto, no se ajusta a todas las realidades, y en absoluto se intenta aplicar en el país del Nilo, regido por otros condicionantes; entre los religiosos, la restricción de los muertos a la orilla occidental del río.

En los espacios privados de las ciudades del Próximo Oriente fuera de la acrópolis se aglomeraba la población ajena al ámbito religioso y de la corte, como se indicó en el apartado precedente, en bloques de viviendas de adobe –con ladrillos secados al sol- edificadas alrededor de un patio, al que se abrían todos los vanos, siendo la puerta la única abertura hacia la calle. Así se ha constatado tanto en las construcciones sumerias como en las asirias. Aunque no sea el mejor indicativo, los ambientes domésticos de la egipcia Tell el-Amarna muestran moradas espaciosas, construidas en piedra, divididas en varias estancias y con amplios jardines internos. La generalización de estas residencias no puede ser más que parcial y aplicable a un restringido grupo social; las construcciones de los obreros de Kahun y de Medinat Gurob son viviendas bajas de adobe, dotadas de un estrecho patio. También advertimos de cómo la red urbana no siempre ha sido fácil de rastrear en los yacimientos de las regiones orientales (y no solamente por el desinterés de los arqueólogos): en Nínive y Nippur dicho entramado resulta desconocido, en Uruk o en la asiria Nimrud-Calah restan exiguos indicios. Assur y en especial Ur ofrecen datos de mayor fiabilidad. Por supuesto la identificación de barrios industriales proyecta menos sombras gracias a la concentración de restos metalúrgicos, cerámicos, etc. y al descubrimiento de infraestructuras artesanales.

3.2. Grecia

Los filósofos griegos escribieron acerca de la ciudad ideal y las edificaciones que ésta debía poseer. En *Las Leyes*, Platón la imaginó circular –por su aspiración a la perfección-, definida por tres sectores diferenciados: la acrópolis, con centros de culto dedicados a Hestia, Zeus y Atenea; la ciudad, dividida en distritos, cada uno con sus respectivos templos y plazas públicas provistas de fuentes, además de varios gimnasios, casas y prisiones; por último el campo, en cuyas aldeas se levantarían santuarios, tribunales de justicia, hospederías y gimnasios. Sea en los enfoques teóricos del discípulo de Sócrates que en los posteriores de Aristóteles, sus arquetipos

contaban con ágoras, murallas, mercados y puertos. De este modo precisaban los elementos imprescindibles de la ciudad de una polis, aquéllos relativos a su gobierno y defensa -y al de su territorio-, al desenvolvimiento de una religiosidad común y definitivamente a los que aseguraban un confortable y lúdico estilo de vida, sostenido en el trabajo de los esclavos.

Un símbolo de independencia de las ciudades eran sus elementos defensivos, murallas (con frecuencia derruidas por las polis o las potencias enemigas que conquistaban una ciudad) y acrópolis, de variado significado a lo largo de la historia griega: de peñón fortificado en época micénica hasta escenario urbanístico de prestigio en la arquitectura “de montaña” helenística, pasando por receptáculo de la memoria mítica y religiosa de la comunidad en el periodo clásico. A menudo se asocian las acrópolis con los templos al pensar en el caso ateniense, pero éstos podían aparecer en general también distribuidos por el territorio de una polis, en el ágora (consagrado a las divinidades), en cruces viarios... En la llanura, lugar que en las reflexiones aristotélicas ocuparía la comunidad democrática –en contraste con oligarcas y reyes, habitantes por excelencia de las acrópolis-, se esparcían las residencias populares, fabricadas con paredes de adobe sobre zócalos pétreos, de uno o dos pisos, abiertos sobre patios rectangulares, los peristilos columnados, que permitían el acceso de la luz. La división sexual dentro de las casas nos remite a estancias separadas para hombres, eminentemente las piezas públicas y el *andrón*, las únicas en pavimentarse con mosaicos, y para mujeres, relegadas al interior de los gineceos. Sin ser una novedad, las casas del periodo helenístico como las descubiertas en Olinto y Delos incluyen ya baños, letrinas y muros decorados con frescos; por supuesto el tamaño o el nivel de confort de las viviendas privadas variaban según las posibilidades económicas, el escalafón social de sus ocupantes y su situación en la urbe (la cercanía al ágora encarecía su precio).

El ágora, originalmente, no designaba un espacio dentro de la ciudad sino una institución, la reunión en asamblea de los varones con edad de portar armas, que en los poemas homéricos ya había pasado a poseer connotaciones urbanísticas –su situación cercana a un templo o a un punto significativo, con suficiente amplitud, y planificado desde la fundación del asentamiento- y arquitectónicas –asientos para los miembros de la asamblea, pavimentación-. La disposición de una plaza abierta de ciertas dimensiones, en parte construida, enseguida incorporó actividades de lo más variadas, desde las transacciones comerciales y el mercado ciudadano, dándose cita en ella verduleros, carniceros, cambistas, charlatanes y vendedores de esclavos,

hasta la meta y punto de encuentro diario de los ciudadanos ociosos; corazón de la vida pública –a todos los niveles, político, religioso, económico y social- y de las deliberaciones populares, simbolizaba la libertad de la comunidad y su mera existencia, según defendían las fuentes antiguas, evidenciaba un alto grado de civilización, de cuya carencia adolecían los pueblos bárbaros. Muchas ágoras se conformaron irregularmente, sin contornos estrictamente delimitados por la red de calles que crecía a su alrededor (Atenas, Corinto o Thasos), hasta que las teorías urbanísticas de la época clásica pusieron orden en la planta de las nuevas ciudades y en la de su principal plaza, que se vio invadida de altares, templos, estatuas, monumentos honorarios y sedes administrativas que surgían según las necesidades de un determinado contexto (Mileto, Priene...); hasta entonces, los primeros pasos que había emprendido la urbanística helénica no había privilegiado de forma particular los edificios públicos, a excepción de los templos.

Especialmente en el siglo V se dibujaron las trazas canónicas de aquéllos; del prítaneo, cuyas responsabilidades religiosas y civiles (como archivo, custodio del tesoro de la polis) traslucían en las estancias que rodeaban su patio central: la capilla donde ardía el fuego eterno de Hestia, protectora de la comunidad, el refectorio del colectivo de los prítanes, las salas de recepción donde se cumplía con el sacrosanto compromiso de la hospitalidad hacia los delegados extranjeros y los visitantes ilustres. Las señas de identidad del Bouleuterion se delinearon con objeto de permitir a los miembros de la Boulé ver y escuchar sin impedimentos al orador de turno, en un edificio adecuado a tal fin, tal y como correspondía al órgano fundamental del gobierno de la ciudad, el consejo de ancianos: un edificio con graderío (rectangular o semicirculares, en el periodo helenístico) y tribuna de oradores, provisto asimismo de altares en los que honrar a las divinidades durante la celebración de las sesiones (fig. 16). Cuando las ciudades griegas decidieron conferir a su asamblea legislativa, la ecclesia, un lugar de reunión en sustitución de los escaños provisorios, alzaron en el ágora o en sus proximidades hemiciclos a cielo abierto alrededor de una tribuna, salvo en Atenas, cuyo Areópago semicircular se debía a que apoyaba sobre la ladera de una colina, el Pnyx. En la capital del Ática, el siglo VI a.C. marcó la dedicación con fines gubernativos de su ágora, acogiendo las asambleas durante el mandato de Solón –y en concordancia con las reformas políticas del legislador-, despejándola de fábricas privadas y de enterramientos, y sin duda construyendo al lado de los templos los primeros edificios administrativos, de arquitectura todavía poco ambiciosa, que la tiranía de los Pisistrátidas engrandecería, contemporáneamente a introducir fuentes y accesos al aprovisionamiento de agua monumentales en la plaza.

Hasta el helenismo, la tradición arquitectónica había puesto énfasis en la individualidad de las edificaciones, no en su ubicación en conjuntos armonizados; ahora se propagaron ágoras cerradas monumentalmente por naves porticadas o *stoas* –las cuales ofrecían refugio de las inclemencias del clima, además de admitir oficinas y negocios bajo sus pórticos, en ocasiones de varias plantas-, en las que cada construcción adquirió su sentido en el interior de dicha área, desplazando algunas de las actividades desarrolladas tradicionalmente a distintos espacios de la urbe (puertos y mercados asumieron las funciones resultantes de las oportunidades mercantiles del mundo legado por Alejandro Magno). Priene envolvió así el templo de Atenea sito en su agora con sendas *stoas*, la Éfeso del rey Lisímaco la cerró con cuatro, otras ciudades desplegaron porticados continuados en extensas avenidas que heredaría la urbanística romana de Oriente (Apamea, Antioquía, Palmira). Atenas sumó a las que ya poseía la *stoa* oriental, regalo de Atalo II de Pérgamo (siglo II a.C.); precisamente la capital atálida encerró su ágora entre cuatro pórticos, en los que sin embargo se mantuvo una floreciente actividad comercial. El agora ateniense había perdido este papel económico en el V a.C., y un siglo después perdería su función política, manteniéndose como ámbito representativo de la ciudad: con los sistemas políticos del mundo helenístico y romano las urbes griegas podían prescindir de centros de deliberación pública, o trasladar las reuniones a teatros y odeones, cuya construcción se hallaba en boga.

Originariamente del siglo VI a.C., los teatros en los que el público griego contemplaba y escuchaba la narración de las empresas humanas y divinas no alcanzaron su forma definitiva, la que hoy conocemos, hasta el siglo IV. El marco arquitectónico ganó en monumentalidad paralelamente a la evolución del arte dramático, propagándose el modelo teatral por toda Grecia y por sus colonias: la *orchéstra* reservada para los movimientos del coro se empedró, se generalizaron los asientos de piedra para los espectadores en el *tetaron* -en un principio la simple ladera natural de una colina- y la *skené*, donde los actores escenificaban las obras, pasó de ser una estructura de madera a edificarse con diversos cuerpos y pórticos en altura (fig. 17). Una versión más pequeña de esta categoría de construcciones, y cubierto, fue concebido para celebrar en él espectáculos musicales: el primer odeón data de mediados del siglo V y fue construido por voluntad de Pericles en Atenas, al lado del teatro de Dioniso.

Otros edificios cuyos objetivos y expresión urbanística sufrieron transformaciones en el helenismo fueron los gimnasios y sus estructuras deportivas anexas. Su emplazamiento al aire libre, en explanadas arboladas y bien surtidas de agua colindantes con la ciudad, en las proximidades de sus ingresos, avenía con su cometido de instruir a la juventud en las artes de la guerra y de robustecerlos mediante el ejercicio físico. Allí se entrenaban en la carrera –y cuyas habilidades demostraban posteriormente en los estadios-, el pugilato, la lucha, el lanzamiento de disco y de jabalina. A partir del siglo IV la introducción de los gimnasios en áreas céntricas de la ciudad concilió sus orientaciones atléticas con su finalidad pedagógica: al lado de palestras para el boxeo y pistas crecieron exedras, pórticos, escuelas y bibliotecas donde dedicarse al reposo y a la educación de la mente, donde poetas, oradores, filósofos y artistas acudían a reflexionar o a enseñar públicamente sus conocimientos, cultivando así las virtudes de los futuros ciudadanos.

3.3. Roma

La ciudad romana actuó de referente político, religioso y social del territorio que la rodeaba, tarea cuyo desempeño exigió una infraestructura institucional y arquitectónica que en regla general dibujó el panorama del urbanismo mediterráneo a lo largo de casi diez siglos. Foros, basílicas, anfiteatros, termas, templos, curias, mercados, circos, entre otras construcciones, son el resultado de la implantación de Roma en las regiones bañadas por el *mare nostrum* y en las englobadas dentro de sus *limes*. Allí donde la arqueología no ha sido capaz de rellenar las lagunas presentadas por la urbanística romana, los textos antiguos, y nos referimos substancialmente al *De Architectura* de Vitrubio, toman la palabra con objeto de concretar los distintos elementos que articulan el espacio público y el privado, el primero de los cuales se define en términos de defensa, religión y utilidad.

El circuito defensivo resultaba indispensable en el sistema de planificación de un asentamiento, delineaba sus contornos –pese a que los suburbios extramuros constituían una parte integral y muy importante de la ciudad, piénsese ya sólo en la ubicación de las necrópolis- y se coordinaba desde el inicio con sus ejes de viabilidad, incluso aunque las murallas siguieran un recorrido adaptado a una topografía irregular. Además de separar la parte urbana, consagrada y bajo la protección ritual del *pomerium* del terreno “hostil” circundante, la erección de un lienzo murario podía contener implicaciones simbólicas y de prestigio (retrotraerse a una fundación colonial,

ligándose a un héroe fundador o incluso a un estatus jurídico concedido durante el reinado de un determinado emperador), aunque su más directa funcionalidad defensiva fue repetidamente puesta a prueba en un contexto crítico para la seguridad del Imperio a partir del siglo III d.C.

Proyectadas por los agrimensores las avenidas que ordenaban el plano interno de la ciudad en sus cuatro puntos cardinales, *cardine minores* y *decumani minores* se integraban en un jerárquico diseño viario catalogado según su amplitud y transitabilidad, que admitía desde el tránsito tan sólo de peatones (*semitae*) al de carruajes en ambas direcciones (*viae*). Las calles suponían una infraestructura más que el Estado romano ofrecía para mayor comodidad de sus ciudadanos, motivo por el que se cuidó su trazado, se dotaron de alcantarillas y canalizaciones y se atendió a su pavimentación y a su continua restauración. El masificado trajín diario era tan caótico que provocó la restricción del tráfico privado a las horas nocturnas, ocasionando un bullicio tal que mereció la reseña de Marcial: “*A mí me despierta la risa de la multitud que pasa y junto a mi cabecera está Roma*” (*Epigramas*, 12, 57). El poeta latino subrayaba en este epigrama el abismo que separaba al propietario de una *domus* aristocrática respecto a los residentes en *insulae* incluso para el mero reposo nocturno, abismo revelador por otra parte de la profunda gradación de la pirámide social romana. Ya mencionamos que la plebe urbana tenía su domicilio en apartamentos alquilados de inmuebles colectivos de varios pisos (*insulae*), que a pesar de remontarse al menos al siglo III a.C., proliferaron en Roma (en la Subura y demás barrios populares) y en otras ciudades como Ostia especialmente en época imperial a causa de la especulación inmobiliaria y de la superpoblación de las metrópolis (fig. 18). Estos domicilios no poseían las prestaciones básicas que permitieran su habitabilidad más allá de la pernoctación (carecían de agua corriente, cocina, luz, retrete), lo que motivaba la abundancia de servicios ciudadanos públicos como letrinas, baños y cantinas y una animada vida callejera. Cuanto más alto era el piso –y a pesar de las leyes de Augusto, Nerón o Trajano a fin de evitarlo, los edificios podían sobrepasar los veinte metros-, menor alquiler cobraban los propietarios a causa del riesgo físico de habitar en construcciones que a menudo amenazaban ruina o se incendiaban, aunque también su planta baja se hallaba repleta de *tabernae* y talleres donde además de desempeñar su profesión moraban trabajadores humildes.

La casa unifamiliar y nobiliaria es la *domus* con atrio, estrechamente relacionada con el hábitat doméstico griego, con ambientes diversificados según los aspectos públicos o privados abarcados por el *pater familiae* y los suyos. En Pompeya persisten

numerosos modelos de la residencia con patio central, fuente de luz y receptor del agua de lluvia, a partir del que se distribuían los dormitorios o *cubicula*, el *tablinum* (el despacho y archivo doméstico), el *triclinium* y a mayor escala el *oecus* (comedores y salas de recepción). Hacia el siglo II a.C. el espacio ajardinado del peristilo fue adquiriendo importancia, convirtiéndose en un lugar de recreo íntimo, un auténtico paraíso aislado dentro de la ciudad, ornado con estanques y fuentes, esculturas y una frondosa vegetación (fig. 19).

El espacio público fundamental característico del mundo romano, equivalente en alguno de sus rasgos al ágora griega -por ejemplo, ya en su multiplicidad de funciones-, y heredero de ella, fue el foro. La plaza, en constante proceso edilicio, destacaba en los escritos vitrubianos por su idoneidad para la celebración de juegos gladiatorios en ella, recordando la tradición de organizar este tipo de espectáculos en construcciones temporales levantadas en dicho sitio; urbanísticamente, el foro representaba un marco ideal en este sentido, aislada entre sus columnatas y sus monumentos de la red viaria de la ciudad, si bien conectada siempre a ella: de hecho, su posición ideal recaía en la zona central donde *cardus* y *decumano* convergían. Asimismo el autor augusteo destacaba la disposición en el foro de pórticos con oficinas para los cambistas, de basílicas para instalar los tribunales y donde realizar las transacciones económicas -con su característica división en naves separadas por hiladas de columnatas, con la central de mayor altura-, y de los edificios del tesoro, la prisión y la curia (*De Architectura*, V, 1), en cuya manifestación monumental tuvo mucho que ver la inspiración helenística. Mercados y sobre todo *tabernae* que a veces simplemente usurpaban cualquier espacio disponible completaban la orientación mercantil de la plaza pública. Así, en *De Architectura* se definía un ámbito donde se conjugaban tanto las actividades comerciales como las diversas ramificaciones de las labores administrativas y de gobierno. Precisamente éstas determinaron la sistematización de un centro cívico: el área foral de Roma desde el siglo VII a.C. comenzó a ser drenado y pavimentado para dar cabida hacia el 600 a.C. a sus instituciones políticas (el *comitium*, centro de reunión de la asamblea ciudadana, y la *curia*, sede del Senado), como sucedería más tarde en las ciudades fundadas o reformadas por Roma, como Cosa, Paestum o Alba Fucens, donde los edificios de encuentro de las asambleas marcaron la planificación foral.

La presencia de un templo como edificio focalizador de la perspectiva longitudinal de la plaza cerrada, aunque con precedentes (el caso sintomático es el templo de Júpiter de Pompeya, y por supuesto, las ágoras helenísticas que influyeron

en esta distribución), se popularizó en las proyecciones imperiales a partir del Foro de Julio César de mediados del siglo I a.C., presidido por el recinto de culto de Venus, y prosiguió en los de Augusto (templo de Mars Ultor), el *Forum Pacis*, con su templo homónimo, y el Foro Transitorio de Nerva (templo de Diana) (fig. 20). En las ciudades provinciales serían los santuarios de la tríada capitolina y de culto imperial los que ocuparían estos enclaves que resaltaban su prestigio, mientras que los demás se repartían por el tejido urbano o en áreas periféricas. Aunque la arqueología no ha sacado a la luz el templo de culto imperial de Trajano del que informan las fuentes, el foro construido por el emperador hispánico, con su enorme basílica, sus dos bibliotecas, sus pórticos y la columna decorada con relieves que exaltaban las campañas contra los dacios, ilustra a la perfección la vertiente propagandística de la política imperial y su expresión a través de los monumentales proyectos forales tanto en Roma como en el resto del Imperio. Los edificios religiosos de la Urbe manifestaban también así la realidad histórico-política del momento, a través de sus advocaciones desde a las deidades extranjeras asimiladas a lo largo del proceso de expansión mediterránea hasta a la misma persona del emperador, elevada a un plano divino, sacralizando la base sobre la que reposaba el poder estatal.

En relación con el deseo de glorificar las acciones de generales y emperadores, de ensalzar el gobierno de éstos, simultáneamente a granjearse el apoyo de la plebe y a mantener un bienestar que asegurase la concordia social, las ciudades romanas se poblaron de edificios de espectáculos, algunos heredados de la civilización griega, donde cada evento merecía su celebración: fiestas en honor de los dioses, aniversarios de emperadores, conmemoraciones históricas, éxitos militares, todo se solemnizaba con representaciones teatrales, espectáculos musicales, juegos gladiatorios, eventos esenciales en el modo de vida urbano impuesto por Roma. Estadios, odeones y teatros no fueron una creación de Roma, que sin embargo sí varió una serie de características formales de ellos. En el compendio arquitectónico vitrubiano, además de valorar el potencial del teatro como fuente de entretenimiento en los días festivos consagrados a los dioses inmortales, se estipulaban las partes que lo componían.

El primero de carácter estable se había edificado en la Urbe por voluntad de Pompeyo en el 55 a.C., y ya presentaba una cávea semicircular, elevada artificialmente –al contrario que en el mundo helénico-, donde los ciudadanos encontraban asiento en función del sexo y de su extracción social, indicador de la rígida compartimentación de la sociedad romana que se repite en otras sedes del ocio

ciudadano. Retratos del emperador y de la familia imperial, de las principales divinidades, e incluso de los portavoces de la cultura oficial ornaban la fachada de la escena donde tenían lugar las representaciones (*scaena frons*) y el pórtico trasero destinado a los momentos de solaz (*porticus postscaenan*), de manera que los espectadores entraban en contacto directo con el poder soberano y la ideología del Estado que cohesionaba todo el Imperio a través de sus imágenes. Una fábrica derivada de la teatral, y plenamente romana, fue la del anfiteatro, de singular difusión en época imperial. La costumbre de honrar a los difuntos vertiendo sangre humana, organizando combates funerarios, tenía sus precedentes en la Campania etrusca (razón por la que el anfiteatro de Pompeya fue uno de los primeros en construirse), pero los dirigentes romanos supieron instrumentalizarla políticamente con el objetivo de controlar a la masa complaciendo sus exigencias de contemplar las lidias entre gladiadores y la masacre de fieras y condenados a muerte en la arena (fig. 21). Sin ser superado en riqueza constructiva y en medidas por el resto de los anfiteatros esparcidos por el Imperio, la construcción Flavia del Coliseo de Roma (80 d.C.) supone un buen ejemplo de esta tipología edilicia, con su planta circular, que ocultaba bajo la arena la *fosa bestiaría* y los corredores de servicio, y la disposición de su fachada en tres cuerpos con la sucesión de los tres órdenes toscano, jónico y corintio.

Circos y estadios compartían algunas características formales así como su habitual ubicación en la periferia de la ciudad, pero diferían sustancialmente en las competiciones que acogían y en la significación que alcanzaron: el segundo, destinado a los encuentros atléticos, no adquirió el matiz político de las que se revistieron las asociaciones ligadas a las carreras de carros celebradas en los circos, divididas en facciones y grupos de poder cuyo símbolo distintivo radicaba en el color de la túnica de los aurigas (fig. 22). Expoliadas del mármol que las recubría, los vestigios de ambas construcciones, ocasionalmente fosilizados en el urbanismo moderno, muestran pistas de planta rectangular con curvatura en uno de los extremos, en cuyo perímetro se despliegan los graderíos, y que en el caso del circo presenta la espina central de profusa decoración sea escultórica que arquitectónica, alrededor de la cual giraban bigas y cuadrigas. La ornamentación de la espina ganó complejidad en época imperial, como nos consta en el Circo Máximo de Roma, en el cual Augusto y el emperador de las provincias orientales Constancio alzaron dos obeliscos, elementos documentados asimismo en los circos de Arles y de Vienne.

Entre las grandes aportaciones de la civilización romana se inserta la costumbre del baño –aun así heredada del mundo griego, y que se detecta tempranamente en las

termas de Pompeya y Herculano- y la difusión de los edificios públicos en cuyas instalaciones tenía lugar. Alimentadas por enormes obras de ingeniería, subterráneas o de recorrido en superficie –y que en Roma suministraban cientos de miles de metros cúbicos al día-, las termas, de construcción más grandiosa y monumental en periodos más avanzados del Imperio, mantuvieron una articulación estándar vinculada a la circulación canónica que desde los tiempos de Nerón se contemplaba en sus ambientes. Estancias con piscinas de agua caliente, templada y fría (*caldarium*, *tepidarium* y *frigidarium* respectivamente), las dos primeras calentadas con avanzados mecanismos de calefacción en suelos y paredes, coexistían con saunas, vestuarios, palestras, letrinas. Sobre todo al caer la tarde, amén de bañarse y practicar distintos ejercicios físicos, en los establecimientos termales más vastos hombres y mujeres de todas las capas sociales podían consultar los volúmenes de sus bibliotecas, comprar en sus tiendas, conversar en sus exedras, pasear por sus jardines y zonas porticadas o admirar las obras de arte que las adornaban. Su función en la ciudad, por lo tanto, respondía a los principios higiénicos y terapéuticos de la cultura física pero en igual medida al crecimiento intelectual personal contemplado en la Antigüedad. La visión transmitida por Séneca acerca de los complejos termales resulta más mundana: *“Vivo precisamente arriba de unos baños. Imagínate ahora toda clase de sonidos capaces de provocar la irritación en los oídos: cuando los más fornidos atletas se ejercitan moviendo las manos con pesas de plomo escucho sus gemidos, el chasquido de la mano al sacudir la espalda, al jugador de pelota, al camorrista, al ladrón atrapado y a aquel otro que se complace escuchar su voz en el baño, las zambullidas, al depilador...”* (Cartas a Lucilio, 56, 1-2).